This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

PROPERTY O
UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITA

REAL
ACADEMIA SEVILLANA
DE BUENAS LETRAS.

CERTÁMEN POÉTICO

celebrado por la misma

EN EL DIA 23 DE ABRIL DE 1873,

PARA CONMEMORAR

EL ANIVERSARIO CCLVII

DE LA

MUERTE DE CERVANTES.

SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1873.

860.8
A1685cl

63.306069

ACTAS.

JUNTA EXTRAORDINARIA

DEL MIÉRCOLES 23 DE ABRIL DE 1873.

CONCURRENTES.

Los Sres.:
Fernandez-Espino, Director.
García Portillo, Censor.
Campos.
Rios.
Amores.
Góngora.
Asensio.
Solís.
Guichot.
Sota y Lastra.
Caballero Infante.
Alcaide.
Segovia.
Millet (electo).
Rodriguez (id).
Y el infrascrito Secretario 1.°

Reunidos los Sres. Académicos anotados al márgen, á las diez de la mañana, en la parroquia del Arcángel San Miguel, con objeto de celebrar las honras fúnebres acordadas por la Corporacion por el alma de Miguel de Cervantes Saavedra, se verificó el acto, habiéndose cantado una Misa de Requiem por el Censor de la Academia D. Francisco García Portillo, presbítero, oficiando como diácono y subdiácono los Académicos D. José Rafael de Góngora, capellan de San Fernando, y D. Juan Bautista Solís, cura de Santa Marina.

Concluida esta parte de las honras, se cantó un Responso, con lo que terminó el acto, de que certifico.

El Director,
JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO.

El Secretario 1.°,
VENTURA CAMACHO.

JUNTA PÚBLICA

DEL MIÉRCOLES 23 DE ABRIL DE 1873.

PRESIDENCIA DEL SR. DIRECTOR.

CONCURRENTES.

Los Sres.:
Fernandez-Espino, Director.
García Portillo, Censor.
Santos, Bibliotecario.
Campos.
Palacios.
Machado.
Rios.
Dominguez Bécquer.
Amores.
Góngora.
Guichot.
Asensio.
Sota y Lastra.
Solís.
Caballero Infante.
Alcaide.
Segovia.
Millet (electo).
Gonzalez Ruano (electo).
Y el infrascrito Secretario 1.°

Reunidos los indivíduos de la Academia anotados al márgen, con objeto de adjudicar los premios en el certámen celebrado en honor de Miguel de Cervantes Saavedra, en el dia de hoy, CCLVII aniversario de su fallecimiento, y con asistencia del público de los dos sexos que tuvo por conveniente asociarse á esta solemnidad literaria, principió el acto leyendo el Sr. Director las Preces que previene el Reglamento, y en seguida un correcto discurso alusivo al acto, que fué escuchado con muestras de benevolencia, recibiendo á la conclusion el aplauso de los circunstantes.

En seguida, leida el acta de la Academia, en que se declaró cuáles composiciones eran acreedoras á premio y cuáles á lectura, y una carta sin firma, en que un amante de las letras regalaba una joya para que se otorgára á la composicion que, á juicio de

la Academia, siguiera en mérito á las premiadas, se procedió á adjudicar los premios concedidos por el órden siguiente:

El primero, que consistia en un ejemplar de la magnífica edicion del Quijote, hecha en Barcelona por D. Tomás Gorchs, en 186 , dos tomos en fólio imperial, se adjudicó á una oda en honor de Cervantes, cuya autora es la Sra. D.ª Antonia Diaz de Lamarque, composicion que fué leida por el Sr. D. Gonzalo Segovia y Ardizone.

El segundo era un *Pensamiento* de oro con esmalte; fué adjudicado á la leyenda en verso, titulada *D. Miguel de Mañara*, cuyo autor es D. Manuel Cano y Cueto, leida por el mismo.

El tercer premio, una *Rosa* de oro y esmalte, regalada por un desconocido, segun la carta anónima de que ántes se ha hecho mencion, fué adjudicado á otra leyenda con el mismo título que la anterior, cuya autora es la señorita doña Victorina Saenz de Tejada, leida por el Sr. D. José María Asensio.

Además merecieron los honores de la lectura, segun anterior acuerdo de la Academia, las composiciones siguientes: la titulada *El Rey Mártir*, de la Srita. D.ª Isabel Chaix y Martinez, leida por el Sr. D. Joaquin Alcaide; y la que lleva por título *Axataf*, de don Antonio Sanchez Bedoya, leida por el Sr. D. Ramon de la Sota y Lastra, todas las cuales, como las anteriores, fueron aplaudidas por el público. Concluida la lectura de la última, se levantó la sesion, de que certifico.

El Director,
JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO.

El Secretario 1.º,
VENTURA CAMACHO.

DISCURSO

DEL ILMO. SR. D. JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO,

DIRECTOR DE LA ACADEMIA.

SRES. ACADÉMICOS:

Sólo el deber, por el sitial que inmerecidamente ocupo, ha puesto en mis manos la pluma para ensalzar al preclaro varon cuya memoria viene á solemnizar por segunda vez la Academia.

¡Cómo de otra manera, sin que la vanidad literaria dominase en mi corazon, atreverme á tocar en tan grave como difícil materia, reservada sólo al talento y la sabiduría! Áun no fueran suficientes estas cualidades, de que carezco, sin haber estudiado cuidadosamente las obras del hombre á que me he referido, desentrañado las profundidades de su inteligencia casi divina y seguido los vuelos de su poderosa imaginacion y de su rica y maravillosa inventiva; todo esto me falta, aunque me sobre amor á su ingénio peregrino.

Yo, que en esas penalidades de la vida, en que el corazon padece y el espíritu desalienta, en que las ilusiones se disipan y los horizontes de la esperanza se pierden; en esos momentos oscuros y amargos de la existencia he buscado la paz del alma en sus obras inmortales, y, no sólo aprendí en ellas el camino de la resignacion, madre de la

[illegible] y del consuelo, sino a conocer los móviles y [illegible] misterios en las aspiraciones humanas, encontrando a par en sus chistes y graciosas burlas una especie de [illegible] que convertía mis pesares en deleite y regocijo [illegible] de amarle y de admirarle cuando tales beneficios le debo.

Sin embargo, aun cuando a amor reuniese que no es así cuanto de erudición, fantasía y entendimiento puede adornar el espíritu de los mortales, a lo difícil de la empresa agrégase que los más sabios e ingeniosos escritores del mundo han juzgado a Cervantes, ya en su mérito en general, ya fijándose en los lugares y puntos de mayor enseñanza, ya en los rasgos en que su profundidad e inspiración se ostentan con los más espectaculosos esmaltes. Todo se ha examinado y quilatado en sus obras: a veces un período, una cláusula, una frase han dado lugar a repetidos comentarios, otras interpretaciones acertadas, mas no siempre [illegible] lanzándose el autor en ellas por los espacios de la [illegible] libertad tan desusada, que más bien parecen [illegible] de un apasionado que producto de una mente [illegible]. A lado de escritores como Mayans, Ríos, [illegible] Fernández Navarrete, Clemencín, Hartzenbusch, [illegible] Asensio, Tubino y otros que, juzgando sus libros [illegible] en parte, han contribuido a esclarecer la alteza [illegible] de muchos de sus pensamientos, y a presentar en [illegible] su trabajosa vida y su nobilísimo carácter, hay [illegible] en antiguos y modernos, menos felices, y otros, en [illegible] la exaltación de su entusiasmo e atribuyen ideas [illegible] que no tuvo y de que son claro testimo[illegible] [illegible] obras.

[illegible] de juicios buenos, malos o caprichosos, [illegible] que pensó y a lo que no pensó, lo sintió, re[illegible] está agotada, y que, por lo mismo, la [illegible] su esa amorosa manía, que en al[illegible] [illegible] de sus juicios, es punto [illegible]

[illegible] adorno [illegible] del discur-

so más bien que propósito de hacer á los oyentes atentos y benévolos, la peticion de indulgencia en las oraciones que ante alguna corporacion científica ó literaria se pronuncian, á mí, que yá oísteis las dificultades con que he tenido que luchar, si no hubiera contado con ella anticipadamente, me habria sido imposible la empresa. Vuestra estimacion y la esperanza de obtener de vosotros fácil disculpa á los defectos que habréis de notar en mi discurso, han disminuido mis vacilaciones y recelos, animándome á que éntre con ménos desconfianza en la explicacion del tema con que por breve espacio habré de entreteneros.

Váis á reiros en cuanto os le anuncie, porque se refiere á Dulcinéa del Toboso. ¿Es esta creacion un recurso del ingénio de Cervantes sólo para producir esparcimiento en el ánimo de los lectores, ó una creacion trascendental, si bien burlesca y ocasionada á donaires, que completa el pensamiento del Ingenioso Hidalgo en la profunda crítica que envuelve de algunos defectos y vicios del amor caballeresco en la Edad Media? ¿Quién duda que esto último? Dulcinéa es la caricatura y reverso de aquellas damas ideales pintadas en los libros de caballería y en la historia misma; pero tambien el correctivo de su extraña y fantástica vida: Don Quijote en su amor á Dulcinéa es el tipo exajerado de aquellos paladines que, exaltados por el amor á sus damas, llevábanle hasta el delirio. Ellas y ellos, saliendo en su pasion de las condiciones naturales que el deber de la familia y el respeto á la razon marcan, áun en los grandes arrebatos del corazon, eran con frecuencia objeto de extravagantes, ó reprobadas, ó sangrientas aventuras.

Parte esencial de la inmortal epopeya de Cervantes es el amor de Don Quijote á Dulcinéa; mas los sentimientos y las acciones de este cuadro, sembrado de donaires y rebosando prodigioso ingénio, proporcionan no pequeña enseñanza al espíritu. He dicho yá que el amor es el fondo, pero no el amor natural, ingénuo y apasionado, en que tanta parte toma el corazon como el alma; es el amor caballeresco de la Edad Media con todos los caprichos de una voluntad no

contenida, con todos los extravíos de ilusiones fantaseadas por la alucinacion de la mente.

Permítame la Academia, ántes de llegar á la pintura histórica de lo que era el amor caballeresco, sin la cual no podria comprenderse la censura que encierra el amor de Don Quijote á Dulcinéa, que en una ligera mirada retrospectiva examine el carácter de la pasion amorosa desde los antiguos pueblos que mayor influencia han ejercido en la civilizacion moderna, para hallar fácil explicacion á las modificaciones que el tiempo, las creencias religiosas y las costumbres fueron introduciendo en este punto, hasta llegar á la época de la caballería en la mayor altura de su entusiasmo.

Ninguna pasion del alma es más grande y poderosa que el amor: ninguna más natural, ni que tan ámpliamente llene todo el sér humano. Nació para el amor el hombre, no para el ódio: por él vive y realiza las más altas acciones, por él llega al crímen ó á la desdicha, por él á la más alta felicidad de la tierra. Tambien, á veces, cuando el amor es mísera flaqueza, suele convertirse en objeto de burlas y de la risa pública.

Mirábale generalmente el sensual pueblo griego como principio eterno de la fecundidad y causa divina de la perpetuidad de los séres, y distinguia en él tres clases: el de los que se consagraban á Diana, ligándose á ella por una severa castidad religiosa y llevando su virtud hasta no comer carne de animales; el de la honesta esposa colocada en el interior del hogar doméstico cuidando de sus hijos y de la servidumbre, y el de las Hectarias, que solian poner su hermosura en denigrante subasta. Mas tal era la cultura de aquel pueblo y su amor á la sabiduría y á las gracias del espíritu, que esas Hectarias, si no todas, mucha parte de ellas, llegaron á ser objeto de alta estimacion, no ya sólo de la juventud licenciosa y ávida de lo bello, pero de cuanto más ilustre en la Filosofía, las Letras, las Artes y el Gobierno encerraba la república ateniense. Aspásia admiraba por el poder y encanto de su elocuencia. Cuando se estableció

en Atenas llegó á ser su mansion centro de los hombres más distinguidos de Grecia: entre ellos hallábanse Sócrates, Alcibiades y Perícles, jefe el último de la república, á quien Aspásia supo inspirar tal pasion, que, repudiando á su esposa, se enlazó con ella en matrimonio. Frinéa, con ménos recato y consecuencia que Aspásia, pero de ingenioso espíritu, adquirió tan considerable fortuna, que ofreció á la ciudad de Tebas, segun algunos historiadores, reconstruirla de sus ruinas con la condicion de que sobre sus muros habia de colocarse esta inscripcion: *Alejandro destruyó á Tebas y la reconstruyó Frinéa.* Su ofrecimiento con tan humillante condicion fué rehusado. Es por extremo curiosa la vida de aquellas mujeres en que se encuentran, al lado de no pequeña degradacion moral, tal amor á las Letras y las Artes, y á veces tal grandeza en su espíritu, como sucedia á Aspásia, que forma su historia extraño conjunto de malo y bueno, de codicia y desinterés, pero casi siempre de ilustracion y de poderosa influencia en la cultura social.

Estoy hablando del carácter del amor en Grecia y no debo olvidarme del llamado platónico, por el nombre del gran filósofo que le concibió en su preclaro entendimiento. Puede asegurarse que hasta entónces era el amor un sentimiento sensual: la delicadeza ideal del de Tancredo en la Jerusalen de Tasso, habria sido incomprensible ó considerada como una debilidad del alma: Platon lo engrandeció purificándole de los estímulos de la materia. Su diálogo titulado *El Banquete,* donde expone la doctrina, consiste en una série de disertaciones puestas en los lábios de los personajes que intervienen en la discusion. Uno de éstos, Erixímaco, se lamenta de que la Poesía no hubiese hecho nunca el elogio del amor, y cree, por lo mismo, que conociendo la Filosofía su poder é influencia, debia reparar tan grave falta. Entónces Fedro, otro de los interlocutores, añadió que ni el nacimiento, ni los honores, ni las riquezas, nada, en fin, encontraba como el amor, capaz de infundir en el hombre la vergüenza del mal y la emulacion del bien, sin cuyas bases

amás se crearia por un particular ó por un Estado, lo digno, lo grande, ni lo bello. De manera, añadió, que si un pueblo ó un ejército, por algun encantamiento ó poder superior, sólo se compusiese de amantes, ningun otro se hallaria que más aborreciese el vicio y amára la virtud; y que no conocia hombre alguno, aunque fuera tímido, que no se convirtiese en héroe si llegaba á inflamarlo el amor.

Empero Platon guardaba su verdadera doctrina en este punto para colocarla en los lábios de Diotimo dirigiéndose á Sócrates. Díjole que el verdadero amor camina de la belleza material á la belleza de los sentimientos, de éstos á la de las idéas, de éstas á la suprema, que es centro de perfeccion y tipo de toda belleza ideal. Obsérvese que en la doctrina platónica del amor, la hermosura del cuerpo es sólo el primer grado, y que se purifica dejando las perecederas gracias de aquél y caminando hácia las que no tienen tiempo, ni sexo, ni edad, ni son variables, hasta elevarse á la que reside en los cielos, belleza eterna, perfecta é increada, de donde proceden la virtud y la verdad, hermosas hijas de la belleza. De este modo explica Platon la pasion amorosa, levantando en su profunda teoría glorioso monumento á la Estética.

Sin embargo, ese puro y delicado amor no podia comprenderlo aquella sociedad, encerrada en los estímulos del materialismo, y que áun la Epopeya, el Drama y la Poesía lírica desconocieron. Tampoco le conoció Roma, donde se consideraba á la mujer sólo como necesidad doméstica, sin más mision que la de producir hijos útiles para el Estado. Llegaba matrimonialmente á los brazos del esposo por el uso ó la compra, y desde entónces adquiria éste sobre ella derechos omnímodos, que no admitiria ninguna razon moderna. Podia repudiarla, cederla á alguno y hasta darle muerte: su marido era su señor, nó su igual, y disponia libremente de ella, segun la ley, como de cualquiera otra cosa perteneciente á su dominio.

Tal era la condicion de la mujer en la severa Roma, la misma, poco más ó ménos, que en las demás naciones; y no

habria salido de tan mísero estado, si el Dios que redimió al mundo no hubiera roto las cadenas de la esclavitud haciendo á todos hermanos, y anatematizado y proscrito el materialismo grosero que gangrenaba en gran parte los sentimientos del pueblo romano. Entónces nació el amor, no como Platon le habia imaginado, sino con mayor pureza. Aquél, párte de la hermosura terrestre para elevarse desde ella á la suprema; pero el Cristianismo le despojó de toda envoltura material: amóse la belleza del espíritu dejando á un lado la de la materia, y pudo predicarse la virginidad como medio de conservar la pureza del alma y con ella las demás virtudes, sin contrariar por eso el matrimonio que y enalteció explicó San Pablo.

Hé aquí el amor místico, el amor de Santa Teresa de Jesus, en que, rompiendo el alma los lazos del cuerpo, vuela derechamente á Dios, centro de amor y el amor mismo. La mujer que se distinguió por su entusiasmo en la fé y por su energía y valor en arrostrar los más crueles tormentos, engrandecida así y purificada, no podia dejar de ser igual al hombre.

Gran predileccion tuvieron los Santos Padres por las doctrinas platónicas: San Agustin dice que, mudadas algunas frases y sentencias en ellas, podian ser cristianas: la diferencia, sin embargo, no es pequeña: el amor, como le ideó el filósofo griego, principia por la materia; el místico la excluye y comienza desde luégo por el espíritu.

El de Dante á Beatriz participa de ámbos; ama su hermosura, parecida á blanco lirio que acaba de abrir su tierno y oloroso cáliz; pero la ama porque la considera hermoso reflejo de los más puros sentimientos del espíritu. Por eso han creido algunos que en ella encerró el símbolo de su teología en la Divina Comedia (1). No así el amor de Petrarca á Laura, en que sigue la doctrina platónica. Laura era casada, no yá muy jóven aunque hermosa, y Petrarca sacerdote; inspiró á éste altos y purísimos pensamientos,

(1) En su *Vita nuova*, se vé claramente que no es así.

elevóle á las regiones en donde habita la beatitud eterna, pero no olvida su terrena hermosura y suele ésta ser principio de todas sus inspiraciones: de ella parte frecuentemente para expresar con deliciosa armonía, en algunas de sus canciones y en sus sonetos, la amorosa metafísica de sus vagos y sutiles deseos. Yá muerta, su amor tomó el rumbo del misticismo.

Los bárbaros del Norte solian aceptar la poligámia sin generalizarla y sin que diese por resultado la reclusion de las mujeres. Los Germanos tenian una sola esposa, que era su compañera en el hogar doméstico y áun en el campo de batalla. Acompañaban sus mujeres á los Cimbros y Teutones que invadieron las Galias é Italia, y peleaban y morian con ellos. Las Valkiries eran hermosas y atrevidas guerreras que sólo amaban, enlazándose con él, al hombre que las vencia en la batalla (1).

Empero á medida que la Caballería, hija de las tradiciones antiguas y germánicas, fué inspirando la cultura y suavidad en los sentimientos, la mujer del Norte mejoraba su condicion, si bien no tan felizmente que no tuviera que defenderse acero en mano, de actos brutales, ni que dejára de experimentar persecuciones por su virtuosa hermosura. Cierto es que más adelante la Caballería, como inspirada por la Iglesia en no pequeña parte, y defensora de su fé, juraba entre muchas cosas nobilísimas, honrar y servir á todas las damas por el amor de una: y este precepto, orígen de generosos pensamientos, que llevó el culto á la mujer hasta la idolatría, constituye el fondo de los cantares y libros de entónces.

Mas aunque inspiraba al caballero el amor, denuedo, heroismo, la defensa de los débiles y hasta el sacrificio de la vida, la flaqueza humana, enemiga de la virtud, solia hacer imposibles muchas veces los propósitos más hidalgos. El catecismo de amor enseñado por las damas á los

---

(1) Saint-Marc Girardin. *Literatura dramática.* Del amor entre los pueblos bárbaros.

jóvenes caballeros, con especialidad á los pajes, no era pequeño riesgo, á pesar de que el primero de sus capítulos preceptuaba el amor á Dios y el respeto á la mujer. La teoría era hermosa, excelente para ser aplicada por ángeles: pero si no siempre, no rara vez presentaba la práctica lamentables ejemplos, en que el caballero, abusando de la dama doctora ó de otras, no era leal, ni puro en su pasion, ó en que, poniendo atrevidos ojos en la que estaba unida por el matrimonio á otro caballero, solia producir lamentables tragedias. Dos ejemplos citaré solamente de estas, aunque pudieran multiplicarse.

Raoul de Coucy, caballero trovador que amaba á la esposa de Fayel, sintiéndose en la agonía, previno á su escudero que le llevase su corazon, ni más ni ménos que lo que vió Don Quijote en la cueva de Montesinos respecto á Durandarte y Belerma. Mas en este suceso no llegó el corazon á manos de la dama: interceptado por Fayel se lo puso á ésta como vianda en la mesa, y después de haberlo comido le explicó el horrible suceso: ella se dejó morir de hambre. Lo mismo aconteció á Margarita, mujer del conde Raymon, con el de su paje el trovador Guillermo de Cavestaing. Al saber por su esposo la clase de manjar que habia comido, arrojóse por un balcon y quedó exánime: pero aquél, que habia dado muerte al paje y sacádole el corazon para presentarlo á ella por vianda, fué encerrado por Alfonso II de Aragon en una cárcel, donde murió. No satisfecho aún con esto el soberano, arrasó su castillo, repartió sus bienes á los parientes de Margarita y levantó un monumento á los dos amantes junto á la iglesia de San Juan en Perpiñan (1). Sin embargo, fuerza es confesar que estos casos no eran frecuentes como en Provenza, en Castilla y Leon y en otros pueblos de Europa.

Por no ménos vituperable debe considerarse la escasa seguridad que los padres ó tutores tenían de conservar respetadas y seguras en sus palacios ó castillos á sus hijas y

(1) Coll y Vehí. *La sátira provenzal.*

pupilas, siendo ricas y hermosas. No era raro ver, cuando se oponian á su amor, que se dejasen éstas robar de sus amantes, verificándose á veces tales actos por la fuerza de las armas.

¿Y cuánto tiempo no habria que emplear para referir los caprichos y locuras en la exaltacion de sus amores? Lo que refiere el libro de Amadís de Gaula de la penitencia de éste con el nombre de Beltenebros en la Peña Pobre, para calmar el rigor de su Señora Oriana, no es exageracion, ántes copia de actos verdaderos, si se comparan con lo que solian hacer los caballeros en este punto. Vémosles, nó sólo segun los libros de caballería, sino segun la historia misma, salir por esos mundos en busca de peligrosas aventuras, promoviendo desafíos ó grandes é inútiles hechos de valor, con eminente riesgo de la vida, todo por la grave razon de si era su dama milagro de hermosura y áun la más bella del mundo: vémosles tambien metidos en soñados cautiverios en que por su voluntad entraban: vémosles procurar salir de esa esclavitud por medio de difíciles y peligrosísimos pasos de armas: y vémosles, finalmente, pretender librarse de palabras á la Señora de sus pensamientos, muchas veces sin exigencia de ésta y otras sin su conocimiento.

Hechos frecuentes se hallan de este género entre nosotros en el siglo XV. La crónica de D. Juan II refiere vários pasos honrosos sobre prisiones amorosas; la de Suero de Quiñones, escrita por el P. Pineda, contiene la descripcion de uno memorable sostenido por este jóven caballero, de prosapia ilustre, de altos bríos y de gentil apostura. Llevaba en señal del cautiverio en que le tenía su dama una cadena de hierro al cuello los juéves de cada semana; y para salir de esta situacion, pretendió licencia del rey D. Juan y la pidió en los términos siguientes:

«Deseo justo é razonado es, los que en prisiones ó fuera de su libre poder son, desear libertad; é como yo, vasallo é natural vuestro, sea en prision de una señora de gran tiem-

po acá; en señal de la cual todos los juéves traigo á mi cuello este fierro, segun notorio sea en vuestra magnífica Corte é Reynos é fuera de ellos por los faráutes (mensajeros) que la semejante prision con mis armas han llevado. Agora, pues, poderoso Señor, en nombre del Apóstol Santiago yo he concertado mi rescate, el cual es trescientas lanzas rompidas por el asta con fierros de Milan de mí é destos caballeros que aquí son, en estos arneses segun más cumplidamente en estos capítulos se contienen, rompiendo con cada caballero ó gentil home que allí verná tres, contando la que ficiere sangre por rompida, en este año del cual hoy es el primero dia.»

Entre las condiciones que presentó Suero para la celebracion del Paso Honroso, una de ellas era que si alguna señora de honor llegaba á pasar por el sitio, ó á media legua de distancia, perderia el guante de la mano derecha, si no llevase caballero que la defendiese: otra era que se nombrarian por él tres damas que diesen fé de lo que allí pasára, ménos aquélla por quien estaba cautivo; y que al primer caballero que viniese á salvar por armas el guante de ella, le regalaria un diamante.

Otorgado por el rey permiso para el Paso, dió Suero aviso á los Reyes, Duques, Príncipes y Señores de toda la cristiandad. Le sostuvo con sus nueve compañeros por espacio de treinta dias, quedando heridos todos ellos. Vinieron á justar sesenta y ocho caballeros propios y extraños; uno de ellos, Esberte de Claramonte, caballero aragonés, fué muerto. Terminada la justa quitaron los jueces del campo la cadena á Suero, y éste la instituyó en honor de sus compañeros. Era de ver cómo todos los que habian concurrido al gran torneo, pedian certificacion de haberse conducido buenamente, para presentarlas á las señoras por cuyo amor habian ido á aquel trance de armas.

Ahora bien, el amor caballeresco, segun hemos visto, no semeja al amor místico del cristianismo, capaz de todas las virtudes y de todos los sacrificios: no al amor platónico, el cual, si partía de la belleza terrena, era para

[illegible] de todas
[illegible] al
[illegible] el de
[illegible]
[illegible] y
[illegible] una
[illegible]
[illegible] de [illegible]

[illegible] de-
[illegible] vin-
[illegible] espíritu,
[illegible] anhe-
[illegible] con el
[illegible] paje ó
[illegible] es cosa
[illegible] la familia.
[illegible] ese paje
[illegible] no tuvo
[illegible] dulce
[illegible] una he-
[illegible] á quien
[illegible] dirémos
[illegible] ro-
[illegible] y de las
[illegible] incienso
[illegible] las obli-
[illegible] extravagan-
[illegible] de ar-
[illegible] y de aque-
[illegible] acu-
[illegible] su cora-
[illegible] la serenidad
[illegible] á arrojar
[illegible] los cuales no
[illegible] moralidad y armo-
[illegible] orden ni ventura.

Cervantes. que conocia bien la historia y los libros de caballería, muchos de ellos tan desdichadamente escritos como extraños eran los afectos que pintaban, acometió la obra de poner coto á tales delirios y á tales libros por la fuerza incontrastable del ridículo. Su creacion, fuente inagotable de eterna risa, por la gracia de sus burlas, es á la vez enseñanza de la humanidad, porque descubre el móvil de los latidos del corazon y de las inquietudes del alma. Los episodios de este libro, pequeños cuadros de sátira y de doctrina social, forman todos juntos la epopeya del hombre, y por eso todos la comprenden. Uno de ellos, el más importante, es el amor de Don Quijote á Dulcinéa.

Á censurar el amor caballeresco en lo que tenía de extraño, aunque fuese puro é ideal, encaminó su pluma el Príncipe de los ingenios. Para ello, después que dió á Don Quijote escudero que le acompañase, no podia dejarle desprovisto de dama que fuese norte de su ilusion amorosa y aliento de sus acciones. Como en la antigua caballería ocurria á veces enamorarse el hombre de mujer cuya belleza andaba de lábio en lábio, pero á quien no habia visto nunca, y á las damas prendarse de caballeros que no conocian sino por la fama de sus proezas, Don Quijote en su locura forjó en su mente la hermosura de Dulcinéa y la cercó de atractivos deslumbradores: nada habria que criticar en este amor tan puro y casto como el alma del hidalgo manchego, fuera de la extravagancia de que le revestia en la exaltacion de su idealidad, extravagancia y exaltacion frecuentes en el amor de los caballeros, del cual el de aquél á Dulcinéa es copia y á la vez crítica felicísima.

Encontrámonos en este episodio á Don Quijote metido con Sancho en lo más escabroso de Sierra Morena para sufrir mortificaciones y ablandar con ellas el rigoroso corazon de su amada. Resuelto con tal motivo á escribirle una carta, hácelo con la adoracion y cortesanía que observarémos. Dictóla así: «Soberana y alta señora: el ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon,

dulcísima Dulcinéa del Toboso, te envia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es mi pró, si tus desdenes son en mí afincamiento, magüer que yo sea asáz de sufrido mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, oh bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo. Tuyo hasta la muerte, El Caballero de la Triste figura.» Quedó entretanto el enamorado paladin dando zapatetas al aire, de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido.

Marcha Sancho hácia el Toboso: ¿pero á quién entregar la epístola? ¿dónde estaba esa diosa de la hermosura? Él, que era malicioso y tenía puntas de socarron, forja el cuento para cumplir con su amo, en el cual le dice que la encontró ahechando trigo, que D. Quijote tomó por gruesas y ricas perlas. Siguiendo aquél su invencion, dícele después que la veria entre dos bellas damas y que las tres venian subidas en blancas hacaneas. Las que dijo ser damas eran tres rústicas labradoras, caballeras en pollinos. Salióles al encuentro Don Quijote, hincóse de rodillas ante ellas, y tambien Sancho, interrumpiéndoles el paso y fijándose en la que éste le dijo ser Dulcinéa. Asombrado Don Quijote al verla de no muy buen rostro, porque era cari-redonda y chata, «levántate Sancho, dijo á éste, que yá veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio de este aflijido corazon que te adora, yá que el maligno encantador que me persigue y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y trasformado tu sin igual hermosura y rostro en una labradora pobre, si yá tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo para ha-

cerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumision y arrodillamiento, que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi ánima te adora.»

«Toma que mi agüelo, respondió la aldeana; amiguita soy yo de oir resquebrajos. Apártense y déjennos ir y agradecérselo hemos. Apartóse Sancho y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apénas se vió libre la aldeana que habia hecho la figura de Dulcinéa, cuando picando á su hacanea con un aguijon que en un palo traia, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del aguijon, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinéa en tierra: lo cual visto por Don Quijote, acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar la albarda; y queriendo Don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose un tanto atrás, tomó una corridica, y puestas ámbas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo, más ligero que un halcon, sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre..... todas picaron trás ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de media legua.»

Los encantamientos de las damas por malquerencia de algun maligno nigromante eran frecuentísimos en los libros de caballería y cosa natural que el enamorado paladin acudiese por la astucia ó la fuerza de las armas á libertar de tan triste estado á la señora de su corazon. Don Quijote, espejo de amantes caballeros, no podia olvidarse del desencanto de la suya, costárale ó nó los mayores peligros ó desventuras.

En esto, y sin entrar en poblacion alguna, fué á dar en un palacio habitado por sus poderosos dueños, que eran Duques, acompañados de gran séquito de escuderos, pajes, doncellas y dueñas, y de numerosa servidumbre de criados. Era este matrimonio feliz; y aunque honrado y

bueno, quizás por ser jóvenes ámbos esposos y no ver á su lado la desdicha ni haberla conocido, más pensaban en divertir su ánimo en aquella soledad que en obras de misericordia: por esto no tomaban á pecado el buscar solaz y risa en el pobre loco á quien la casualidad habia llevado á su fastuosa mansion. ¡Cuán diferentes eran el cura y el barbero, que no dejaron de trabajar, áun á costa de mortificaciones, para volverlo á la razon y sacarlo de aquella triste, ridícula y arriesgada vida! Pero sigamos: sabedores los Duques del estado de Dulcinéa, prepararon su desencanto para seguir en su manía al héroe manchego, inventando la rarísima y medrosa aventura de la aparicion de Merlin al mismo, y los demás circunstantes, precedido de extrañas visiones y de espantosos ruidos primero, y después de una música apacible y deliciosa. Pasaron vários carros con fantasmas y produciendo infernal estrépito, que se fué, como hemos dicho, suavizando hasta que llegó el que traia á Dulcinea y al sábio encantador. Levantóse éste y púsose de pié, y separándose el velo que cubria su rostro, quedó en ropa talar negra, y semejando en su habla, segun refiere Cervantes, «muerte viva con voz algo dormida y con lengua no muy despierta» y dirigiéndose al caballero, entre otras razones le manifestó:

«A tí te digo, oh varon, como se debe
Por jamás alabado, á tí valiente
Juntamente y discreto Don Quijote,
De la Mancha explendor, de España estrella,
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinéa del Toboso
Es menester que Sancho tu escudero
Se dé tres mil azotes y trescientos
En ámbas sus valientes posaderas;
Al aire descubiertas y de modo
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
De su desgracia han sido los autores,
Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto á tal, dijo á esta sazon Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas: válate el diablo por modo de desencantar: yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Por Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura. Tomaros hé yo, dijo Don Quijote, Don villano, harto de ajos, y amarraros hé á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos os daré, tan bien pegados, que no se os caigan á tres mil tirones: y no me repliqueis palabra, porque os arrancaré el alma. Oyendo lo cual Merlin, dijo: no ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho, han de ser por su voluntad y nó por fuerza, y en el tiempo que él quisiere; pero permítasele que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad de este vapulamiento, puede dejar que se los dé agena mano, aunque sea algo pesada.»

Todos conocemos las condiciones del desencanto de Dulcinéa: no se otorgó á Sancho el Gobierno de la Ínsula Barataria sino con la obligacion de cumplirlas.

Faltaba á Cervantes, para dar la última mano á la pintura del amor de Don Quijote á Dulcinéa, probarle en su lealtad y pureza, presentando á éste asediado por los incentivos y seduccion de la hermosura, terminando el cuadro con tan feliz pincelada. Para ello, entre las innumerables aventuras á que daba lugar la invencion y vivo ingénio de los Duques, y á fin de continuar en la regocijada vida que les proporcionaba la presencia de sus huéspedes, acudieron á una si no tan fantástica y extraña como la mayor parte, acaso la más donosa de todas. Altisidora, una de las doncellas del palacio, jóven, aguda, desenvuelta y de buen parecer, fingióse loca de amor por el Caballero de la Triste Figura, apelando, en cuanto el natural recato lo permitia, á las más poderosas artes de la seduccion. Todo en vano: Don Quijote, siempre casto, fiel y consecuente en su idólatra amor, sin consentir en su espíritu nunca ni una sombra

de sensual deseo, aparecia inmoble como fria roca ante los atractivos y alhagos de Altisidora. Entónces pensó en ausentarse de aquella mansion, que, con las recientes aventuras de cencerros, gatos y dueñas yá para él iba siendo cárcel enojosa. Tomada vénia de los Duques, despedido de ellos, armado, ginete en su Rocinante, Sancho en su Rucio, y ventanas y corredores llenos de gente para verlos salir, presentóse de improviso Altisidora, que estaba entre las otras dueñas y doncellas, y llena de furia alzó la voz y dijo:

Escucha, mal caballero,
  Deten un poco las riendas,
  No fatigues las hijadas
  De tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
  De alguna serpiente fiera,
  Sino de una corderilla,
  Que está muy léjos de oveja.
Tú has burlado, mónstruo horrendo,
  La más hermosa doncella,
  Que Diana vió en sus montes,
  Que Vénus miró en sus selvas.
. . . . . .
Tú llevas, ¡llevar impío!
  En las garras de tus cerras
  Las entrañas de una humilde
  Como enamorada tierna.
Llévaste tres tocadores
  Y unas ligas de unas piernas
  Que al mármol puro se igualan
  En lisas, blancas y negras.
Llévaste dos mil suspiros
  Que á ser de fuego pudieran
  Abrasar á dos mil Troyas
  Si dos mil Troyas hubiera.
De ese Sancho tu escudero
  Las entrañas sean tan tercas

Y tan duras, que no salga
De su encanto Dulcinéa.

. . . . . .

Seas tenido por falso
Desde Sevilla á Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Lóndres á Ingalaterra.
Si jugares al Reinado,
Los Cientos, ó la Primera,
Los reyes huyan de tí,
Ases ni sietes no veas.
Si te cortáres los callos
Sangre las heridas viertan;
Y quédente los raigones
Si te sacáres las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.»

«En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando Don Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo: por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad; dime; ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? Á lo que Sancho respondió: los tres tocadores sí llevo; pero las ligas como por los cerros de Úbeda. Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenía por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á tales desenvolturas; y como no estaba advertida de esta burla creció más su admiracion. El Duque quiso reforzar el donaire, y dijo: no me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo ménos, si por lo más las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedle las ligas y si no yo os desafío á mortal batalla, etc.

No quiera Dios, respondió Don Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores volveré porque dice Sancho que los tiene: las ligas es imposible porque ni yo las he recibido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor duque, jamás he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de qué pedirle perdon, ni á ella ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino.»

¡Qué contestacion tan digna, tan severa y tan delicada á la vez! ¡Cómo, sin olvidarse de la gratitud por las atenciones recibidas, revela en ella un corazon entero y un alma tranquila y serena!

En suma el amor de Don Quijote es el mismo que explicaban las damas á los caballeros en su código de amor: leal, desinteresado, pundonoroso, llevando el espiritualismo hasta la idealidad, y puede decirse que como le pinta Platon en su tratado del *Banquete*. Pero este amor, segun yá lo hemos visto, convertíase con frecuencia en una exaltacion casi febril que daba por resultado extravagancias y locuras. No quedaban en esto sus graves inconvenientes: transformando muchas veces en culto el amor á la mujer, así idealizada, tributaba á ésta veneracion y rendimientos que sólo á Dios ó á su Santa Madre corresponden. Confundíase de este modo en él lo humano con lo divino, lo terreno con lo ideal, y colocaba á la dama y al caballero fuera de las condiciones del trato natural y ordinario de la vida. Este es el amor que, con maravilloso ingénio y graciosas y punzantes burlas, critica Cervantes en el de Don Quijote á Dulcinéa.

En ésta no se vé la dama de la caballería; al contrario, la misma contraposicion que se nota en el carácter de Don Quijote y Sancho Panza aparece en ella y en aquél. Creia

Cervantes que la dama de los palacios, de los castillos, de los torneos y de las aventuras, aunque honrada, después de los peligros que su pudor corria en esa clase de vida, no era de utilidad alguna en las faenas del hogar, ni como soltera, ni como esposa, ni como madre: por eso supone Sancho Panza, que se encontró á Dulcinéa ahechando trigo, no comprendiendo á la mujer dentro de su casa sin alguna ocupacion útil, y á él no podia ocurrirle por su educacion y rusticidad otra más delicada.

En este episodio, así como en la obra en general, vése el mismo pensamiento; á la realidad, si bien un tanto material, purificando las exaltadas, aunque nobles ilusiones de la poesía: de esta manera, templándose la una por la otra en sus exageraciones, y vislumbrándose en ellas el término medio que naturalmente se marca rebajando los vuelos excesivos de la una, y la tosca realidad de la otra, llégase á la idealidad que no se alimenta de sueños imposibles y á la realidad que no pugna con ningun sentimiento hidalgo y virtuoso, confundiéndose ámbas entre sí y viviendo juntas en completa armonía.

Felicísimo y poderoso ingénio el de Cervantes, que ministró á la humanidad entera en su alto pensamiento lecciones de tanta profundidad filosófica como deleite; con éste, desarrugando el ceño á la moral austera, produce esa eterna risa, que, segun Homero, sólo era dado gozar á los Dioses del Olimpo.

¡Y este hombre extraordinario, este gigante del génio, este regocijo y admiracion de todas las naciones, fué pobre y desdichado! Oh, sí; y pocos se han visto perseguidos por adversa fortuna con saña tan rencorosa. Soñó en la gloria de las armas, peleó en Lepanto con gran denuedo y recibió dos heridas, una en la mano izquierda y otra en el pecho; continuó guerreando y su situacion de humilde soldado fué la misma: pensó en restituirse á su pátria al ver que no habia recompensa para sus afanes y servicios, y cayó cautivo en Argel, sin conseguir la libertad hasta despues de cinco años y medio de miserias, penalidades y peligros.

Volvió á pensar en las armas, y las siguió con la misma animosa bizarría que ántes: todo inútil; el noble soldado, ni ganaba ascensos, ni salia de la pobreza, y renació en él su pensamiento de ver á su querida España. Llegó, pidió un mísero destino, se le negó; y entendiendo que podia vivir de las Letras como otros felices ingenios, púsolo en obra; pero no bastándole este recurso, tuvo que apelar al de comisionado de Guevara é Izunza, proveedores de la armada. Su celo en este destino le atrajo una censura eclesiástica en Écija y algunas prisiones. Los dos Argensolas, sus amigos, tenian encargo del jóven Virey de Nápoles, conde de Lemos, de llevar á las oficinas del Vireinato á los españoles mas sobresalientes en númen y letras: apesar de haber ofrecido á Cervantes que sería uno de los agraciados, tuvieron la crueldad de faltar á su palabra. Parece que al recordar el desgraciado Mancò de Lepanto el suceso en su *Viaje al Parnaso,* torna á clavarse de nuevo en su corazon la flecha que en él habia hundido la mala accion de sus amigos. Dirigiéndose al Dios Mercurio con referencia á los Argensolas que se hallaban en Nápoles con el Virey ¡con qué amargura se explica!

«Que no sé quién me dice y quién me exhorta
Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad como la vista corta.
Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera
Ni diera en un tan hondo desatino.
Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas que al partir me hicieron
Lléveme Dios si entrára en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron;
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron, &c.»

Así se vió llegar á la vejez pobre, enfermo y desdeñado de muchos que esquivaron favorecerle, como los Argenso-

las, y rendir tributo á su génio, porque de la oscuridad y angustias de su vida veian acaso asomar los resplandores de su gloria. No es esto último imposible. Lo que sí parece cierto es que la Providencia, que le destinaba purísima é imperecedera corona en el cariño y aplausos de las gentes en todas las generaciones, no quiso concedérsela sino á costa de peligros, de privaciones y de prolongadas fatigas.

¡Qué tristeza derraman en el corazon las últimas frases que salieron de su pluma en el prólogo de Pérsiles y Segismunda, cuando yá la enfermedad le consumia por instantes. «A Dios gracias, exclamaba, á Dios donaires, á Dios regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros contentos presto en la otra vida.» Para él la muerte, como se vé, era el camino de la inmortalidad, el ángel que venía á secar las lágrimas de amargura que las injusticias de los hombres le habian hecho derramar en su penosa vida: que en la serenidad apacible que revelan sus palabras, más que al soldado animoso de Lepanto y al cautivo de Argel sin miedo, vése al cristiano fervoroso que, contento de su conciencia, vislumbraba yá las mansiones celestiales.

Feliz yo si, aunque el último de nuestros compañeros, he tenido la ventura, al hojear el libro que guarda su gloria, de bosquejaros su pasmoso ingenio y de pintaros en estos últimos y breves rasgos su hermosísimo corazon. Fué áun más desgraciado que su héroe manchego, mas no valia ménos moralmente: que si merece las unánimes aclamaciones con que el mundo le celebra como rey del génio español, no vale ménos como dechado del perfecto caballero.

Á CERVANTES

Á CERVANTES.

Prez de su siglo,
Genio entre genios.

Nace y pausado crece
Entre arbustos y flores
Magnífico laurel: gallardo ofrece
Al viento sus renuevos cimbradores;
Y el firme tronco y la inmortal verdura
Con que su noble frente se engalana,
Revelan de su vida en la mañana
Alta grandeza y majestad futura.

En derredor cien árboles en tanto,
Émulos de su mágica hermosura,
Al par extienden su florido manto:
Ricos tambien en galas
Logran más que el laurel vivos loores,
Y el viento los arrulla con sus alas
Y en la selva descuellan cual señores.

La edad no empero se desliza en vano:

Entre todos, con firme poderío.
El árbol soberano
Alza su copa en breve;
Su copa, que jamás rindió el estío,
Que afrontó al rayo y resistió á la nieve.
Sube: desde su altura
Brinda al valle, benéfico, su sombra;
Lo admiran la floresta y la llanura,
Y el campo todo sin cesar le nombra
Timbre del bosque, poderoso y fuerte,
Que ha de arrostrar las iras de la muerte.

Tal tu renombre con creciente vida,
Gran Cervantes, elévase hasta el cielo:
En vano tu existencia combatida
Pasó en perenne duelo;
Justicia al fin hallaron
De tu génio sublime las creaciones,
Que entre el aplauso universal brillaron:
Hoy tu poder la ilustracion aclama,
Su más digno lugar te dá la Historia,
Y el mundo todo con amor te llama
Prez de tu siglo, de tu pátria gloria.

¿Y cómo nó? Tu acento
Digno y potente en las edades vive,
Y, oh privilegio que tan sólo alcanza
El génio que de Dios su luz recibe,
Al par que al sabio pensador suspende,
Al pueblo indocto llega
Y el pueblo lo comprende;
Y en sus horas de calma,
El libro insigne á repasar se entrega
Que tan grato solaz brinda á su alma.

¡Tu obra inmortal! Cervantes, por ventura
¿Puede haber quien no admire tal tesoro?

El valor, la lealtad, la fé más pura
Resaltan en sus páginas de oro:
Ellas que fueron con dolor escritas,
Ofrecen lenitivo á los dolores
Con donaires y gracias infinitas;
Y ellas tambien con flores
Quizás verdades misteriosas velan.
Perlas ocultas que codicia el mundo
Y que en su afan profundo
Cuantos te admiran descubrir anhelan.

¿Será ilusion del alma entusiasmada?
¿Acaso en el Andante Caballero,
Que supiste pintar con tal belleza,
Y en el rudo Escudero
Se ve la humanidad representada?
¿Es el uno el espíritu anhelante
Que hasta el cielo se encumbra,
Que soñador benéfico engrandece
Cuanto en redor vislumbra,
Y ódia los vicios, las virtudes ama,
Á la suprema perfeccion aspira,
Y en defensa del bien digno se inflama?
¿En el otro se mira
De la tosca materia el fiel traslado,
Con el alto idealismo siempre en guerra,
Por groseros instintos arrastrado,
Sediento de los goces de la tierra?
Sí; el ideal del bien era tu guía;
¿Qué importa que tan sólo fuesen ántes,
Enigma de los siglos, tus lecciones
Contiendas de quiméricos gigantes,
Batallas de fantásticas legiones?
¿Qué importa que tu voz no comprendieran?
Fué el bien tu inspiracion, digno tu anhelo;
Y el paladin de causa noble y santa
Justos aplausos hallará en el suelo

Y aunque vencido, en triunfo se levanta.

Mas ¿cómo en los extensos horizontes
Que tu libro sublime
Al pensador ofrece,
Intenta penetrar la mente mía?
Querer adivinar altos misterios
Con limitada comprension, sería
El afan atrevido
De comprimir el Atlas con la mano,
Ó en vaso reducido
Toda el agua encerrar del Oceano.
Sentimiento no más es la poesía;
Un grito de dolor ó de ventura
Que el corazon exhala
Cuando elevado objeto lo conmueve...
La que hoy, osado, á dedicar se atreve
Mi pobre númen al autor divino,
Es sólo flor sin galas ni frescura,
Que nació del amor al áura pura
Y el entusiasmo arroja en su camino.
Ilustres vates que á mi pátria honoran
Ofrecerle podrán guirnaldas bellas
Que resistan del tiempo al duro ultraje,
Con alta inspiracion rindiendo en ellas
Al egregio escritor digno homenaje.

¡Gloria al Génio inmortal! Su nombre amado
De orgullo á España llena,
Y entre aplausos perpétuos repetido
De nacion en nacion triunfante suena.
Y esa corona que el saber le ofrece,
No en busto frágil de grosera arcilla
Ceñida resplandece;
Que, completo tesoro,
La chispa celestial del génio brilla
Sobre estátua magnífica de oro.

Sí; que no sólo el escritor fecundo,
De las musas encanto y regocijo.
En él acata el mundo;
De la pátria del Cid preclaro hijo,
Aún sediento de nuevas aureolas,
Cristiano insigne, del Infiel espanto,
Á las heróicas armas españolas
Dió renombre en Argel, honra en Lepanto.
Y porque nada á su grandeza falte
Ostenta, para honor del nombre ibero,
Su láuro de poeta, en rico esmalte,
La sangre generosa del guerrero.

Y si un instante el velo misterioso
Á descorrer la ilustracion alcanza
De su modesto hogar, allí aparece
El hombre infortunado
Á quien nunca halagó dulce esperanza.
De santa abnegacion digno modelo,
Por las prendas queridas
De su constante anhelo,
Del trabajo hizo esclava su existencia;
Y él, á quien conceder el cielo plugo
De clara inteligencia
Los más altos favores,
Firme sufrió de la miseria el yugo,
Afrentas devorando entre dolores.

Dechado de cristianos caballeros,
Después de Dios, á quien amó ferviente,
El objeto más caro
La pátria fué de su cariño ardiente.
Los pueblos que hoy dispútanse su cuna
Miraron con desden su desamparo,
Y él sin queja importuna,
Ni acusacion cobarde,
Del santo fuego que en su pecho ardia

Hizo ante todos con orgullo alarde.

¡Prez á su nombre! Que cual hora suene
Entre alabanzas en la edad futura
Y de entusiasmo á las edades llene:
Que hoy el pueblo que amó con tal ternura
En cada corazon le ofrezca un templo,
Y ¡plazca al Cielo, por mayor victoria,
Que yá que España en él funda su gloria
Á sus hijos al par sirva de ejemplo!

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

DON MIGUEL DE MAÑARA.

DON MIGUEL DE MAÑARA.

Quién es Mañara ó Don Juan.
No sé cómo en tal empeño
Y confusion hay quien ande
Siendo Mañara tan grande
Y Tenorio tan pequeño.
Éste, mito ó realidad,
Nada dejó tras su huella,
Tiene aquél su historia bella
Escrita en *La Caridad.*
Por todas partes los dos
Luto y dolor esparcieron,
Mas cuando los dos murieron
Fué uno á Luzbel, otro á Dios.

I.

En una oscura calleja,
Por los años mil seiscientos,
Que llamándose Laguna
Era en vicios lago inmenso,
Asentaban sus rëales
La gente de pelo en pecho,
Perailes y honras perdidas,
Sólo halladas por dinero.
Hallábase por entónces
De esta calle en un extremo
Una negra hospedería
De tan sospechoso aspecto,
Que en ella los alguaciles
Caza hallaron de provecho
Y vendimia las *gurapas*

Y los escribanos pleitos.
No anduvo desacertado,
Á mi ver, el hostelero
En elegir por vecinos
Gente de tan buen comercio,
Pues siempre hace falta Baco
En el sitio en que está Vénus.
El tal meson parecia
Ser peaje del infierno,
Pues era, más que posada,
De gente *non sancta* templo,
Refugio de Celestinas,
Picota de caballeros,
Red de frágiles virtudes,
Confesonario de enredos,
Y tapete de barajas,
Y gran palenque de entuertos.

Hay en aquella hostería,
De la entrada á corto trecho,
Una puerta que conduce
Á un vasto y limpio aposento.
Sobre ella se vé una imágen
De Jesus en el madero,
Que alumbran tres farolillos
Pendientes del sucio techo,
Encendidos por la fé
Del endiablado hostelero,
Que ántes no echára agua al vino
Que aceite á los tres mecheros.
El umbral de aquella estancia
Huele á gloria, pero á infierno
El aposento trasciende,
Por ser joya de tal dueño.
Á la sazon en él hablan
Dos hombres de vário aspecto:
Frisa el uno en los cincuenta,

Alto, delgado, moreno,
Ojos de buitre, nariz
Aguileña, algo siniestro
Revelando su semblante
Y su sarcástico acento.
Es Gregüela, de Mañara
El solapado escudero;
Y es el otro maese Lope
De aquel meson digno dueño.
Obeso y bajo; de rostro
Ancho, abultado, bermejo.
Parece por su semblante
Retrato fiel de Sileno.
De asuntos del diablo tratan,
Pues Lope encorvando el cuerpo
Y apoyándose en los nudos
De la mano
—¡Por San Pedro!
Exclamó. ¿Cuántos vendrán?
—Doce serán á lo ménos.
—¿Beben mucho?
—Mucho beben.
—¿De lo caro?
—De lo bueno.
—¿Traigo naipes?
—Vengan naipes.
—¿Habrá faldas?
—¿Qué os vá en ello?
—Nada á fé, que en tales casos
Nací sordo, mudo y ciego.

Quedó el escudero á solas,
Pero nó por mucho tiempo,
Pues en el portal á poco
Mil carcajadas se oyeron,
Y el aposento llenaron
Rufianes y caballeros.

Cual se eleva la palmera
En el árabe desierto,
Entre aquella turba alegre
Descuella un noble mancebo
Bizarro por su apostura
Y famoso por sus hechos.
Es jóven, alto y delgado,
Profuso y negro el cabello,
Ojos rasgados y grandes
Y como la noche negros.
Tal es el cabal retrato
del célebre caballero
Miguel de Mañara, nombre
Que atravesando los tiempos
Ha ocupado las leyendas,
Los cinceles y los lienzos.
Los otros que le acompañan
Son alegres compañeros
En reñidas aventuras
Y en amorosos enredos;
Flor y nata de Sevilla
Por sús nombres y sus deudos
Y por sus vicios azote
De nobles y de plebeyos.
Pesadilla de los padres,
De alguaciles escarmiento,
Y terror de los maridos
Y duendes de los conventos.

Al rededor de la mesa
Ocuparon los asientos,
De las botellas al punto
Comenzando el jubileo.
Levántase de la silla
Don Santiago de Acebedo,
Tan dotado de fortuna
Como de instintos perversos,

Y tomando entre sus manos
Un vaso de vino añejo,
Exclamó:—¡Señores mios!
Todos á la par brindemos
Por la causa que nos trajo
Á visitar este templo
Del dios Baco y esta calle
Que es para las honras Dédalo.
—Me teneis con impaciencia,
Dijo Mañara riendo,
Y grande será sin duda,
Pues hace que visitemos
Este lugar áun más propio
De rufianes y escuderos,
Que de gentiles personas
Que llevan los nombres nuestros.
—La causa sois vos,—con flema
Respondióle el de Acebedo.
—¿Qué decís?
—¿Y lo extrañais?
—¡Por Cristo!... ¡Yo no os comprendo!
—Nos dijísteis, no acertábais
Á indagar el paradero
De vuestra postrer manceba
Ana....
—¿Y bien?...
—Y suponiendo
Que viva y esté en su juicio,
Profesion santa habrá hecho
De monja.
Mil carcajadas
Se alzaron con loco estruendo,
Y se chocaron los vasos,
Y hubo de brindis un ciento.
—Señores, para nosotros,
Dijo el infame Acebedo
Con aire zumbon y alegre,

Hay dos clases de conventos:
Los de Dios están cerrados,
Los del Diablo están abiertos,
Los del Diablo recorrimos
Y no hallamos nada, luego
Vuestra postrer adorada
Está en los otros conventos.

Calló el gentil orador,
Y los otros, aplaudiendo
Sus frases con grandes risas,
No vieron el rostro fiero
Con que al concurso Mañara
Altivo impuso silencio.

—Habeis pensado, exclamó,
Muy pobremente de mí
Y me extraña que hasta aquí
Callar no os hiciera yo.
Ana llena de sonrojos
De mí á ocultarse comienza
Porque aumenta su vergüenza
Cuando la miran mis ojos.
Y eso no viene á probar
Que yo me encontrase á Ana
Convertida en cortesana
De un inmundo lupanar.
Que á la mujer que su honor
Me dá en un loco momento,
La mata el remordimiento
Ó la asesina el amor.
Las que por mí son queridas,
Al dejarlas yo olvidadas
Quédanse para enterradas,
Mas nunca para perdidas.
Tan grande mi orgullo es,
Que al rendir yo sus firmezas

Cual gigantes fortalezas
Las quiero para después.
—¡Por Dios! dijo el de Acebedo,
Que absorto me habeis dejado,
Y de haberos escuchado
Me huelgo á fé.
—Mi denuedo
Probado está, y mi valor
Jamás de mi nombre en mengua
Puesto lo tuve en la lengua,
Sino en mi acero y mi honor.
Á la mujer sé adorar
Y rendirla y engañarla,
Seducirla y olvidarla,
Pero nó la sé ultrajar.
Serán pensamientos vanos,
Mas sé del amor los fueros....
¡Rendirlas, de caballeros!
¡Infamarlas, de villanos!

Calló Don Miguel, y el Diablo,
Quizás celoso de oirlo,
Quizo irritar de Acebedo
El pecho feroz y altivo;
Mas éste, como los otros,
Miraban con ojos fijos
Á la puerta de la estancia,
Do cual fantasma divino
Apareció hermosa niña
De indefinibles hechizos,
Cuya voz era de un ángel
El acento peregrino.

Reinó un momento sepulcral silencio;
La niña dijo con doliente voz:
—¡Mi madre muere; por piedad, hidalgos,
Una limosna por amor de Dios!

Mi madre muere abandonada y sola.
Nadie mi pena alcanza á mitigar.
Nadie escucha mi voz, ni vé mi llanto:
Sois nobles, ¡caballeros, caridad!
Fiera tempestad de risas
Á su acento respondió,
Y si la niña hablar quiso
Se heló en su pecho la voz.
—Demandante á tales horas
Y en tal lugar, exclamó
El endiablado Gregüela,
Que estaba de buen humor,
Es prueba, hermosa tapada,
Que anduvo el oficio hoy
Algo esquivo; consoláos,
Mejora sus horas Dios.
No pidais por esa anciana,
Pues juro á fé de varon,
Que nunca una Celestina
De hambre en Sevilla murió.
Enseñad vuestro semblante,
Que aquí hallaréis ¡voto á briós!
Quien por pobre os dé un ducado,
Y por hermosa un doblon.
Y diciendo estas palabras
El manto la arrebató,
Un semblante descubriendo
Que enojos causára al sol.
Cayó al suelo de rodillas
La niña y con triste voz
—¡Tened piedad! entre llanto
Amarguísimo exclamó,
Al par que los caballeros
Corrieron en confusion
Á admirar su gran belleza
Y á darle ayuda y favor.
Llegó ante todos Mañara,

Del suelo la levantó,
Y al tenerla entre sus brazos
Sintió tan fuerte opresion
En su pecho, que su rostro
Como el mármol se tornó.
Notó Acebedo la súbita
Mudanza de su color,
Y en tan frágil fundamento
Ancho cimiento encontró
Para alzar un edificio
De lágrimas y dolor;
Que en la mudanza del rostro
Su negra astucia leyó
Las terribles y profundas
Tormentas de un corazon.

Volvió en sí la pobre niña,
Sus lágrimas enjugó,
Quiso salir de la estancia,
Mas la detuvo la voz
De Mañara, que turbado
Su escarcela le ofreció.
Bajó los ojos confusa:
—Guardadla, dijo, por Dios,
Que la limosna es á veces
Más que limosna baldon.

Y si entró como fantasma
Cual sombra despareció.

¡Un ángel! ¡Un ángel es!
Le dijo su corazon
Á Mañara; y Acebedo,
Que tal vez adivinó
Lo que Mañara sentia,
Dijo con torpe intencion.
—Vinimos buscando á un Diablo

Y un ángel se apareció.
Vos, Mañara, que en el mundo
No teneis competidor
Que os gane á rendir bellezas,
Porque al fin humanas son,
Probad vuestra bizarría
En un ángel del Señor.
Yo os señalaré la presa:
Esa niña.
—Compasion
Para ella, dijo Mañara.
—Ó compasion para vos.
¡Por Santiago! ¿quién os dice
Que vos salgais vencedor?
—¡Acebedo!
—¡Bravo! ¡bravo!
Exclamaron á una voz
Todos los otros.
—¡Mañara!
El africano leon
En la tímida gacela
Clava su garra feroz,
Que para probar su esfuerzo
Siempre intentarlo bastó.
—Es que robar la pureza,
La existencia y el honor
Á esa pobre niña....
—Fraile
Me estais pareciendo vos
En esta ocasion, Mañara.
—Pues bien, si vence el leon,
El tigre caerá tambien.
—¿Y quién es el tigre?
—Vos.
(Gregüela, corre, averigua
De esa mujer la mansion).
¡Acebedo! En cuatro dias

Una mujer reza y llora,
¡La triste, la infeliz Ana!
¡Qué momentos de agonía!
Aquella fúnebre estancia,
Donde la muerte impasible
Agita sus negras alas,
Parece tumba sombría
Que sólo la piedra aguarda
Para encerrar en su seno
La existencia y la esperanza.

Incorporóse el anciano.
Fijó la incierta mirada
En su hija, y anhelando
Dar una trégua á sus ánsias,
Besando por vez postrera
Aquella frente adorada,
Le mandó que se acercase,
Y entre un torrente de lágrimas,
Estrechándola en sus brazos,
Exclamó:—¡Bien de mi alma!
¡Voy á morir! Mas, no tiembles,
No quedas desamparada;
Dios protegerá á tu hermano,
Que ahora lucha por la pátria
Allá en Flandes, y él contigo
De padre hará. ¡Pobre Ana!
No sabes la amarga pena
Que el dejarte aquí me causa.
¡Ojalá fueras el ángel
Que á los cielos me llevára!
Nunca olvides mis consejos,
Sé como tu madre honrada,
Pura y buena y religiosa,
Conserva el pecho sin mancha.
Si desoyendo este noble
Consejo mi nombre infamas,

Desde el cielo mi anatema,
Nó mi bendicion te aguarda.

Cual en noche tormentosa
En que el fiero huracan brama,
El arbusto carcomido
Se retuerce y se desgarra,
Hasta que al fin viene á tierra
Impotente á lucha tanta,
Así la infelice niña,
Al escuchar las palabras
Que en su dolorido pecho
Cual puñales penetraban,
Exhalando un grito sordo
Cayó al suelo desmayada.
Corrió la vieja en su auxílio,
Y el anciano entre sus ánsias
Casi lanzóse del lecho
Preso de dudas amargas.
Volvió en sí la triste niña,
Y ojalá muerta quedára,
Tendió á su padre los brazos
Y entre un torrente de lágrimas
¡Perdon, dijo, padre mio!
Perdon, ¡estoy deshonrada!
El anciano con sus ojos
Vueltos encendidas brasas,
Lanzóse fuera del lecho,
Quiso hablar, no dijo nada,
Y cual cae sobre la tierra
El pino que troncha el hacha,
Á los piés de la infelice
Cayó aquel cuerpo sin alma.

III.

La mente llena de idéas
Y el corazon de fatiga,
Entró en su casa Mañara
Pensando en la hermosa niña,
Que al pedir una limosna
Conmovió todas las fibras
De su corazon, dormido
Á una pasion santa y digna.
Despierto por vez primera
Y al mirar tanta rüina,
Tanto crímen, vicio tanto,
Envuelto entre las cenizas
De sus antiguas pasiones;
Avergonzado á la vista
De aquellos tristes despojos
De un alma vil, corrompida,
¿Acallar pudo las voces
Que con ignota armonía
Mil horizontes mostrábanle
De ventura y de delicias?
¡Quién sabe! Sus negros ojos
Brotaron una furtiva
Lágrima, ¡tal vez primera
Gota de llanto vertida!
Y nacida al dulce fuego
De una esperanza divina.
¡Con qué ansiedad esperaba
La perezosa venida
De su escudero! Las horas

Para el que espera, tardía
Marcha tienen, y hay momentos
Que una eternidad imitan.
Oye en el silencio voces;
La luz que trémula oscila
Llena la estancia de sombras
Y en cada sombra imagina
Ver al escudero tardo
Darle esperadas noticias.
Llegó por fin, y este diálogo
Entablaron con tal prisa,
Que si las respuestas crecen
Son las preguntas concisas.
—¿La pudiste hallar?
—Sí á fé.
—¿Y la seguiste?
—Seguíla.
—¿Dónde vive?
—Junto al rio,
Y del rio tan vecina,
Que el Bétis lame los muros
De la casa donde habita.
—¿Sabes su nombre?
—Enterado
Estoy de todo.
—Habla aprisa.
—Entré, segun mi costumbre,
Á dar fuerza á mis rodillas,
Para poder con presteza
Ser Mercurio de noticias,
En un meson endiablado
Que dista de la capilla
De San Jorge corto trecho,
Y supe de buena tinta,
Es decir, por una vieja
Que es un archivo de vidas,
Que ese portento de mozas

Tiene una madre enfermiza
Que por achaques de años
Próxima está á la agonía,
Diez y seis Mayos floridos
Y ni un cornado en su arquilla.
—¿Su nombre?
—¡Por Dios! su nombre
Mucho bueno profetiza,
Que quien Caridad se llama
Ha de ser caritativa.
Además, aquella vieja,
Portento de Celestinas,
Y que de su cuerpo sólo
Conserva la lengua lista,
Me ha contado ¡bachillera!
La historia más peregrina.
—Cuéntala, pues.
—Vaya el cuento,
Que ¡pardiez! me causa risa,
Pues su historia es un retrato
Completo y fiel de la mia.
Un soldado malandrin,
Ó rufian perdonavidas,
Pues en cuanto á profesion
No anduvo la vieja explícita,
Hace diez y siete años
Supo hallar hospedería
En el pecho candoroso
De la madre de la niña,
Y al temer que el hospedaje,
Siendo de balde, saldria
Asaz caro si arreglaban
Las cuentas gentes de misa,
Puso piés en polvorosa,
Sentó plaza en la milicia
Y en Flandes olvidar supo
Lo que dejára en Sevilla.

—

.. su marcha
...do una niña
... padre, acaso
...era dicha
...esconsolada
...o antiguas ...
...ada sin ...
...ajaba á ...
...iz que ...
...ndo de ...
...gañar á ...
...eliz y ...
...no pobre ... honra.
...n empo...
... un doctor ... matarla
...iltros y medicinas

...ló el taimado escudero
...ara con la vista
...nó que se alejase
...a fué obedecida
...e solo quedóse
...ad reflexiva;
... muchas horas,
... horas, sin sentirlas
... fijo, inmóvil,
... ¿Qué pensaria?

...

El bien hermanando al mal,
Dios al lado de Luzbel;
Tal era la confusion
Que en Mañara se observaba
Y que al parecer cambiaba
Por horas de corazon.
Y en aquel combate interno
Á las claras se leia
Que un santo al cielo daria
Ó un diablo para el infierno.
Acostumbrado á triunfar,
Do quier rüinas dejaba.
¡Era noble... y no lloraba,
Que no sabía llorar!
Mil veces, mil, con dolor
Entraba en cuentas consigo,
Siendo su mente testigo
De sus pecados de amor.
Y al ver con pecho turbado,
Que en cada amarga victoria
La paz robaba y la gloria
Á un ángel desventurado,
Voy nueva vida á emprender
Mañana mismo, decía,
Pero *mañana* venía
Y seguia como *ayer*.
Sus hazañas relataba
El vulgo con ánsia loca,
Corriendo de boca en boca
Aunque él siempre las negaba.
Y era tan grande el renombre
Que el buen Mañara tenía,
Que un escándalo no había
Que no llevára su nombre.
Y como á cuenta tomára
Las culpas propias y agenas,
En el mundo no hubo apénas

Persona que le igualára.
Mas sin duda con clemencia
Mirándolo, quiso el cielo
Dejarle, en su loco anhelo,
Algun resto de conciencia.
Y dentro del corazon
Fuertes voces escuchaba,
Y á veces hasta temblaba
Pidiendo al cielo perdon,
Al mirar en ocasiones
Mil fantasmas rodearle
Y por do quiera acosarle
Con payorosas visiones,
Aunándose en lazo fuerte,
Con vivos remordimientos,
Mónstruos terribles, sangrientos,
Sombras pidiendo su muerte.
Pero el vértigo pasaba,
Y, habré soñado, decía....
Y luégo al siguiente día
De su terror se burlaba.
No habia enmienda. Encadenado
Por un vínculo fatal
Estaba su pecho al mal
Y estaba al mal resignado.
Y una y otra, y otra luégo,
Ansiando ahogarse en placeres,
Crüel sedujo á cien mujeres
Ardiendo en impuro fuego.
Así de la pobre Ana
La pureza arrebató,
Y aquella flor marchitó
De su Abril en la mañana.
Y al recordarla quizás
No halló más su pensamiento
Que el nuevo remordimiento
De una seducida más.

Pero el [illegible]
De sus [illegible]
Le preparaba un [illegible]
En su [illegible]
Preso de [illegible]
Latir el [illegible]
Y su corazon [illegible]
Con la lava de un volcan
Y con terribles [illegible]
Presa el alma de [illegible]
Abrasaba con su [illegible]
Las órbitas de sus [illegible]
Porque ellos [illegible] su calma
La imágen que desearon,
Y en Caridad encontraron
Dulce asilo para el alma.
Él, preso de amor profundo,
Su pecho altivo rehusara....
Ser bueno y noble quisiera....
¿Pero qué dijera el mundo?
Ántes que lleguen á ver
Cámbio alguno en su vivir,
Hará en su pecho morir
El *bien* que empieza á nacer.
Y él, prodigio de heroismo
Y de temerario ardor,
No encontraba en sí valor
Para vencerse á sí mismo.
Que en la lucha mundanal
De tanto afecto y pasion,
En sí mismo el corazon
Encuentra el mayor rival.

V.

Coronada de nácares y ópalos
Con su manto de grana y de zafiros,
En el cielo levántase la aurora
Adormecida entre el aroma tibio
De las silvestres flores, que derraman
Sus perfumes preciados y divinos,
Y los cantos de pardas golondrinas,
Que saludan al sol desde sus nidos.
De púrpura se tiñen los collados,
Y las ondas del Bétis cristalino
Cual doradas escamas reluciendo
Sierpe semejan de dorado brillo.
Mil ecos precursores de otros ecos
Por do quiera se escuchan repetidos,
Levántanse murmullos, secas notas,
Voces aisladas, seductores trinos,
Y de la antigua y colosal Giralda
Las cien lenguas de bronce lanzan gritos.

¡Qué dulce es despertar á un nuevo día
Serena el alma, el corazon tranquilo!
¡Qué triste es la mañana para aquellos
Que en la noche han llorado y han sufrido!
¡Infeliz Caridad!—Turbios tus ojos
Y tu semblante pálido y marchito,
Inclinas sobre el lecho de tu madre,
Húmedo por el llanto que has vertido.
El haz de oro que la luz derrama
Sobre tu frente pura, es el divino

Beso que el ángel del naciente día
Te manda envuelto en celestial suspiro.
¡Infeliz Caridad!—¡Cuánto has llorado!
¡Cómo en tu triste pecho has escondido
Al lado del dolor, la nueva pena
Que te destroza el corazon sencillo!
Los brazos que estrecháran tu cintura
Eran de una serpiente los anillos,
Y el veneno sutil ha penetrado
Y tu alma quema con su fuego impío.
¡Mañara!—¡Caridad!—¿Cómo pudieran
Vuestras almas fundirse en un cariño?
¿Cómo el fiero milano y la paloma
Pudieran habitar un mismo nido?

La brisa que juguetona
Del Bétis las ondas besa,
Refresca de aquella niña
Las sienes calenturientas.
Enjuga á su acerbo llanto,
Luego á su madre contempla,
Que quizás duerme tranquila
Porque con el cielo sueña.
Y con vacilante paso
La pobre estancia atraviesa
Y asomada á una ventana
Solloza, suspira ó reza.
Su rostro tiene las tintas
De la marchita azucena,
Y sus ojos azulados
Algo del cielo recuerdan.
Exhala su dulce boca
Suave aroma de pureza,
Y sus cabellos de oro
Caen en profusas guedejas,
Sobre su espalda y su pecho
Que ampos de nieve semejan.

¡Ángel parece que llora
Abandonado en la tierra!
Amor, deleite, alegría,
Esperanzas, sólo encuentra
En las flores y en las aves
Y en todo cuanto le cerca,
Y ella entre tantas venturas
Siente anegarse en tristeza.
Mañana, quizás hoy mismo
Llorará á su madre muerta,
Y ella quedará en el mundo
¡Sola y pobre! Ante esta idéa
Le parece que hasta el día
Es noche y el sol tinieblas.
¡Sola! Arraigando en su pecho
Una pasion ¿qué le espera?

. . . . . .

. . . . . .

Dos fuertes golpes sonoros
Estremecieron las puertas,
Y llenaron con sus ecos
Aquella mansion de penas.
Corrió á abrir la pobre niña,
¡Y cuál fué su gran sorpresa,
Al ver al gentil Mañara
Inmóvil delante de ella!
¿Qué sentir pudo en su pecho?
Su semblante de azucena
Tiñóse con los colores
Del pudor y la vergüenza.
Mañara pálido, triste,
Miraba á aquella doncella,
Como avaro que un tesoro
Ante su vista contempla.
Á la vista de aquel ángel
Más su pasion se acrecienta,
Y más el remordimiento

Le grita con voz severa.

—Miradme con compasion,
Dijo el doncel conmovido,
Porque vengo arrepentido
Á demandaros perdon.
Con loco y sangriento afan
Os insultó mi escudero,
Y llorando un caballero
Está la accion de un rufian.
Y si por crímen nó mío
Mi humilde don despreciásteis,
Vengo, porque al par robásteis
De mi pecho el albedrío.
—¡Por Dios! hidalgo, callad.
—Tened de mí compasion
Y oiga vuestro corazon
La voz de la caridad.
Así os llamais, no os asombre
Que yo piense, haciendo agravios,
Que sólo para los lábios
Teneis ese bello nombre.
Una sola vez os ví
Y no sé qué en vos hallé,
Que presa el alma dejé
En vuestros ojos de hurí.
Creció mi loca pasion,
Creció el fuego de mi afan,
Y es hoy terrible volcan
Que me abrasa el corazon.
Esta pasion ciega y loca
Quizás os causará enojos,
Mas vedla arder en mis ojos
Y vedla hervir en mi boca.
—Ved mis lágrimas os ruego.
—Son agua y nadá podrán.
¿Cuándo el agua, de un volcan

Pudo mitigar el fuego?
—¡Por piedad!
—Nunca hasta hoy
Sentí del amor la fé...
Y es tan cierto ¡que no sé
Si el mismo Mañara soy!
No os cause este nombre espanto,
Que de él tambien me avergüenzo
Y arrepentido comienzo
Á borrarlo con mi llanto.
Mis crímenes ¡por mancilla!
Los saben niños y viejos...
¡Huyamos; léjos, muy léjos!
Quiero no ver á Sevilla.
Mas ¿llorais?
—¡Por Dios! callad.
—¿Y no veis cómo os imploro?
—Ved mi llanto.
—Ved mi lloro
Y tened de él caridad.

. . . . . .

Y así diciendo Mañara,
Con el alma y nó la lengua,
Cayó de hinojos al suelo
De dudas el alma llena.
Sarcástica carcajada,
Que hasta la sangre le hiela,
Cual lanzada por un diablo
Á sus espaldas resuena.
Y al levantarse Mañara
Y tender la vista incierta,
Alcanza á ver á Acebedo
Que de léjos le contempla,
Marcadas en su semblante
De hondo desprecio las huellas.
De Mañara el fiero orgullo
En sus ojos se concentra,

Y sus megillas se tiñen
De despecho y de vergüenza.
Y sin mirar á la niña,
Que llora y temblando reza,
Se alejó de aquellos sitios
Como la herida pantera
Que rugiendo de coraje
Y dolor busca su cueva.

VI.

Como el náufrago que lucha
Combatiendo entre las ánsias
De la muerte, que impasible
Entre las ondas le aguarda,
Y las fuerzas al faltarle
Mira la risueña playa,
Y haciendo el postrer esfuerzo
Y al ver que no hay esperanza
Lanzando horrible blasfemia
Se hunde en las ondas con rabia,
Así el mancebo impotente,
Cree ver las puertas cerradas
De la virtud, que un momento
Quizás con ánsia buscára,
Y en los mares de su orgullo
Su triste pecho naufraga.
El terrible ¿qué dirán?
Ese implacable fantasma,
Que chupa como vampiro
Las nobles prendas del alma,
Es el espectro que ahoga

El corazon de Mañara,
Que quizás por vez primera
Se abrió á una dulce esperanza.
Buscó á Acebedo y los otros
Fanfarrones de la infamia,
Y causándole vergüenza
Que en su pecho adivináran
Los gritos, las fuertes voces
Que con espanto escuchaba,
Quiso ser más que habia sido
Hasta allí, y hacer tal gala
De vicio, que hasta su mente
De sí misma se espantára.

Y preparó tal orgía
Dentro de su propia casa,
Que hasta los blancos tapices
Tomaron color de grana.
Y en el soberbio aposento
En que aquel festin se daba,
Anegándose en oprobio
Elevó el gentil Mañara
Un trono para el escándalo
Y un altar para la infamia.

Y de nobles sin nobleza
La turbulenta canalla
Acudió con tal exceso
Á manchar aquella estancia,
Que todo vicio tenía
Imágen representada.
. . . . . .
. . . . . .
El vértigo se apodera
De tal modo de sus almas,
Que las botellas se chocan,
El licor se desparrama,

Y los gritos se confunden
Con horrísona algazara.
Penetra en aquel momento
Gregüela en la rica estancia,
Y acercándose á su amo
Pone en su mano una carta,
Haciendo un guiño á los otros
Que por un momento callan,
Para pedir en mil voces
Del pliego lectura clara.

Abrió el pliego Don Miguel
Y de sus manos crispadas
Cayó al suelo; vió la firma...
¡Y la firma era de Ana!
Cogió la carta Acebedo,
Y dando una carcajada
Exclamó:—¡Por fin, señores,
Sabe Don Miguel de Ana!
—Leedla, pues, leedla, exclamaron
En confusion: leed la carta.
—Dice así, y haya silencio
Que la epístola no es larga.

«Si te escribo este papel
Es que te quiero decir
Que áun empezando á morir
Sólo pienso en tí, Miguel.
En este momento insano,
Más que mi terrible suerte,
Más que el ánsia de la muerte
Pensar me aflige en mi hermano.
Él vendrá ¡triste de mí!
Y al ver en su honor tal méngua
Si me perdona su léngua
Lavará su honor en tí.
¡Huye por Dios! Perecer

Por tu causa es mi alegría.
¡Cuántas cosas te diría
Si yo te pudiera verl»

Dió término el de Acebedo,
Con una risa endiablada,
Á aquellas letras escritas
Con ménos tinta que lágrimas.
Mañara inclina su frente,
Por los vicios marchitada,
Dentro de la cual esconde
De un volcan la ardiente lava.
Sin murmurar una frase
Toma á Acebedo la carta,
Y guardándola en su pecho
De su asiento se levanta,
Y á largos pasos se aleja
De aquella báquica estancia,
Donde prosigue la orgía
Más loca y desenfrenada.
Á poco entró su escudero,
Y al preguntarle la causa
De la ausencia repentina
De su dueño, sólo exclama:
—Ha ido en busca de aventuras.
Y dando una carcajada
Dijo el infame Acebedo:
—Está loco este Mañara.
¡Brindemos por sus amores!
¡Por Caridad y por Ana!

VI

Negros nubarrones cubren
El adormecido cielo.
Y en el espacio palpitan
Voces y ruidos siniestros;
El silbo de una lechuza,
El grito de algun mochuelo,
Y las voces pavorosas
Que en las ráfagas del viento
Un lenguaje tal vez hablan
De espíritus y de espectros.
No hay más luz que la que arde
Con seco chisporroteo
Dentro de algun farolillo
Tan súcio como pequeño,
Colgado en algun retablo
Y en ocasiones sirviendo
De faro á los rondadores
Y de testigo en sus duelos.

Mañara rápido marcha
Entre las sombras envuelto,
En Ana puesta su mente
Y su mano en el acero.
Su imaginacion turbada
Por los báquicos excesos
Se confunde en mil ideas
Y quiméricos deseos,
Y al par escucha aterrado
En lo profundo del pecho

Mil gritos ¡gritos terribles
Que eleva el remordimiento!
¿Adónde vá? ¡Quién lo sabe!
¡Sólo lo saben los cielos!

Tomaba una calleja,
Con ánsia la cruzaba
En otra se lanzaba
Con loca rapidez,
Y su agitado paso
Jamás se detenía,
Fantasma parecía
De extraña intrepidez.
Su mente ciega y loca
No coordinó una idéa,
En desigual peléa
Está su corazon.
En él Caridad gime,
En él la pobre Ana
Oye la voz insana
De horrible maldicion.
Y ve, que dentro el pecho
Y ardiendo de coraje,
Venganzas á su ultraje
Demandan sombras mil.
¡Leonor, Inés, Amparo...!
¡Cien víctimas de amores!
Encantadoras flores
Marchitas en su Abril.
Preso de afan y angustia
Siente estallar su frente,
Dentro del pecho siente
Terrible, cruel afan.
Y entre el delirio, mira
Su corazon deshecho,
Y que es su triste pecho
Asiento de un volcán.

Sus pálidas mejillas
Por el dolor quemadas,
Aparecen cuajadas
De gotas de sudor....
Y quiere detenerse....
Y yá imposible era,
Que adquiere su carrera
Velocidad mayor.
Y entonces maldiciendo
Su suerte y su destino
En ráudo torbellino
Con vértigo infernal,
Corre en busca de *algo*,
Tal vez sin forma y nombre,
Semeja más que un hombre
Espíritu del mal.

Cual obediente á un conjuro
Y por intuicion diabólica,
Sevilla toma á sus ojos
Nueva, fantástica forma.
Las calles se descomponen
Y las casas se transforman,
Siendo las unas jardines,
Siendo alcázares las otras.
La noche roba las tintas
De primaveral aurora,
Palpitando en el espacio
Cantares y dulces trovas.
Cuanto anhelára el deseo,
Cuanto sueña el alma loca,
Otro tanto vé Mañara
En la vision deleitosa.
Vuela embriagada la brisa
De perfumes y de aromas,
Y un calor tan dulce y tíbio
Y grato tiene la atmósfera,

Que es un delirio aquel mundo
De mente voluptüosa,
Ó es la mansion de placeres
Que profetizó Mahoma.
Allí contemplar anhela,
Su alma de goces ansiosa,
Una mujer que yá finge
En su mente impura y loca.
Y corriendo en busca de ella
Cree que sus ánsias se colman,
Al ver en una ventana
Á una dama ¡y tan hermosa!
Que diera sus cien conquistas
Por esta conquista sola.

Vió su rostro otra vez, era su imágen
Un retrato quizás
De una mujer que conoció y que amaba
Y que llegó á olvidar.
Mas nó, que en su semblante nacarado
Hay *cierto no sé qué*,
Que algo indecible, y vago y misterioso
Se transparenta en él.
Su encendido deseo aumenta y crece
Como llama voraz.
En sus lábios yá siente la dulzura
De un beso palpitar.
Imagínase loco que la dama
Le llama con su voz,
Y por las rejas... ¡por el aire acaso
Intrépido subió!

La dama desaparece
Cual fantástica quimera,
Y al arrojarse en la estancia
Donde el loco doncel sueña,
Mil amorosos delirios

De locura y de impureza,
Vé cuadro tan pavoroso
Que hasta su sangre se hiela.
Vestido está el aposento
Con fúnebres, negras telas,
Y en medio, entre cuatro cirios
Que lloran gotas de cera,
Un negro y largo ataud
Mudo de espanto contempla.
En él, de luto vestida,
Una mujer está muerta;
Sus ojos no están cerrados,
Le miran, le ven, le observan,
Sus miradas son de hielo,
Y sin embargo le queman.
¡No es un sueño, no es delirio
De su mente! ¡es Ana!! ¡es ella!!

De pavor morir se siente
Y de angustia y dolor tiembla
Al ver que brota una lágrima
De los ojos de la muerta.
Hácia el balcon retrocede,
De terror el alma llena,
Y lanzándose á la calle
Exánime cayó en tierra.

Volvió en sí y al salir de su letargo
¿Dónde estoy? ¿dónde estoy? pudo exclamar.
¡Quimérica vision, sombra implacable,
Aléjate de mí por caridad!
Sueño ó fantasma que el infierno envía,
¡Ten piedad, ten piedad de mi dolor!
¿Adónde estás? Yá siento que una tumba
Abres en la mitad del corazon.
¡Encerrar tu cadáver en mi pecho!
¡Ser vivo cementerio! ¡No es vivir!

¡Mátame por piedad, véngate airada
Ó ten benigna compasion de mí!

Y era tan grande su vértigo
Y tan grande su terror,
Que mónstruos sólo veia
Su ardiente imaginacion.
En la oscuridad saltaban
Con horrísono fragor
Espectros, larvas, quimeras,
Sin formas y sin color.
Pandemonium espantable,
Aquelarre en combustion,
Donde las brujas ó el diablo
Fueran la imágen mejor.
Lleva en sus alas el viento
Lúgubre, mortuorio son,
Y á cada instante que pasa
Más claro y distinto oyó
El canto pausado y fúnebre
De esas salmodias, que son
Palabras que de la muerte
Tal vez el hombre aprendió.
Y allá muy léjos, muy léjos,
Al sepulcral resplandor
De blandones y de cirios,
Vé en fúnebre procesion
Negros fantasmas, cantando
Con helada y ronca voz
El terrible *Dies iræ,*
Que le hiela el corazon.
Porque aquel canto angustioso
Toma sér, vida, color,
No son palabras, ni notas,
Son tiempo, lugar, accion
De esa epopeya de muerte
Que el Evangelista vió

Entre un vertigo de fuego
Y un soplo vivo de Dios.
¿Qué es esto? Es el castigo
Que le aguarda al pecador.
No son quimeras, ni mónstruos,
Ni vanos fantasmas son;
Lo que ahora vé con espanto,
Es su conciencia ante Dios.
Oyendo lleno de angustia
Aquel canto aterrador,
Que á escucharlo un cementerio
Se alzáran en confusion
De sus sepulcros los muertos,
Esperando oir la voz
Que leyera su sentencia
De vida ó condenacion.
Pegado á un muro, temblando
Como nunca hombre tembló,
Mira avanzar lentamente
La terrible procesion.
Buscó con ánsia una imágen
Y á su frente un Cristo vió,
Quiso rezar... y no pudo,
Y más creció su terror
Viendo que al mirar al Cristo
Del Cristo el llanto aumentó.
¿Eran espectros ó frailes?
¿Era verdad ó ficcion?
Al pasar junto á su lado
Quiso cobrar su valor,
Y á uno de aquellos fantasmas
¿Quién ha muerto? preguntó:
¡Y cuál fué su gran asombro
Y su horrible confusion,
Cuando de sus secos lábios,
Miguel de Mañara, oyó.
Y á otro fraile y á otro luégo

Y á toda la procesion
Hizo la misma pregunta
É igual respuesta escuchó.
¡Imposible! Él se palpaba
Preguntando en su terror
Si era su cuerpo su cuerpo,
Ó tambien era vision.
¡Imposible! Loco, ciego,
Ciego de angustia y dolor,
Al ataud se avalanza
Que cubre negro crespon,
Lo desgarra en mil pedazos
Y al suelo como él cayó
Cuando en la caja vió á un muerto
Y contempló con horror
Que era... ¡Miguel de Mañara
El cadáver que miró!

Volvió á la vida y el mísero
De su existencia dudára,
Si en su corazon no oyera
Mil voces que lo desgarran.
Huye con rápidos pasos,
Presa de pavor el alma,
De aquellos sitios que llenos
Están de horribles fantasmas.
Masas informes y negras
En el espacio destacan,
Mil quimeras simulando
De forma grotesca y rara.

—

Y corre el desventurado
Con loco y febril delirio,
Siempre volviendo la cara
Hácia mil distintos sitios.
Siempre la misma voz oye,
Escucha los mismos gritos,

Y á cada paso que avanza
Mira abierto un ancho abismo.
Por fin cesó en su carrera,
Trémulo, desfallecido...
Y vió que de quien huia...
¡Era sólo de sí mismo!

VIII.

Al salir el sol, Mañara
Entró en su casa agitado,
Más que la cera amarillo,
Más descompuesto que pálido.
Gregüela, aunque sacerdote
Del intemperante Baco,
Á quien más de una botella
Habia sacrificado,
Vió el semblante de su dueño
Y exclamó con aire franco:
—Subid, señor, que ¡por Cristo!
No habréis visto nunca cuadro
Más perfecto. Los semblantes
De vuestros amigos caros
Se parecen tanto al vuestro,
Que pienso, para mi sayo,
Que Vénus en esta noche
Se ha portado como Baco.
Y así diciendo, á su dueño
Jovial agarró del brazo
Y al aposento llevólo
Del festin, en donde espanto
Causaba ver de la orgía

Los nauseabundos extragos.
Una trás otra las luces
Muriendo en los candelabros
Iluminaban la estancia
Con resplandores fantásticos.
Sobre los blancos manteles
El vino formaba lagos,
Y por el suelo rodaban
Botellas, copas y platos.
Ébrios, roncos, soñolientos
Aquellos nobles hidalgos,
Unos cantaban alegres
Canciones que dictó el diablo,
Otros por el sucio suelo
Se arrastraban dormitando,
Y otros teniendo vergüenza
De no verse en tal estado,
De tal manera libaban
Que eran toneles humanos.
Miraba sólo Acebedo
Indiferente tal cuadro,
Meditando en su cabeza
Algo terrible y satánico.
Al entrar luégo en la estancia
Mañara, estrechó sus manos,
Y con risa de desprecio
Le mostró aquel espectáculo.
—Vos, Mañara, sois prudente,
Exclamó: ¿por qué negarlo?
En vez de hacer sacrificios
Bochornosos al Dios Baco,
Habeis en copa de amores
Á Vénus sacrificado.
—Callad.
—Lo muestra el semblante.
¿Cuál se llama el nuevo encanto?
Ángel no será de fijo,

Pues vos sólo amais al diablo.
Y ahora bien, aquella niña,
Aquel ángel... destronado
¿Tiene altar en vuestro pecho?
—Callad.
—Hoy se cumple el plazo,
Y por Dios que de esta vez
Si hubiera apostado algo
Sin duda que á mi escudero
Le daba albricias. Callado
Estais y ¡por Dios! os juro
Que nunca leon africano
Á la presencia del tigre
Su garra escondió temblando.

—

Olvidándose Mañara
De sus terrores pasados,
Retorciéndose de cólera,
Sus ojos fuego lanzando,
Y reprimiendo la angustia
Que palpitaba en sus lábios,
¡Dios lo quiere! con acento
Exclamó, que daba espanto.
Á las puertas de mi orgullo,
Acebedo, habeis llamado,
Y el lëon, que convertido
En implacable leopardo
Para la infeliz gacela,
Que á su vista huye temblando,
La ha de ver bajo su garra,
Será el leon inhumano
Para el tigre que su furia
Y coraje ha despertado.

En aquel mismo momento
Dos fuertes golpes sonaron
En las puertas, y Gregüela

—Fijad vos plazo, Acebedo,
Dijo Mañara temblando
De coraje.
—Sea esta noche.
—¡Hora!
—Vos la habeis marcado.
Cuando la gacela muera
En las garras del leopardo,
El leon matará al tigre.
—¡Á las diez!
—Las diez aguardo.
Y vos, hidalgo, á las doce.
—Sitio...
—¡De Tablada el campo!

Y Mañara de la estancia
Salió de rábia bramando,
Como embravecido toro
Que en su cerviz siente el dardo.

IX.

Noches dulces y serenas,
De aromas embalsamadas,
¡Cómo evocais en mi mente
Mil amorosos fantasmas!
En los rayos de la luna,
De la luna triste y pálida,
Ve flotar mi mente loca
Ilusiones yá pasadas,
Pero que fueron tan dulces,
Que áun gozo yo al recordarlas.
Noches dulces y serenas,

¡Cómo en vosotras el alma
Entre sonrisas escribe
Las más seductoras páginas!
Auroras resplandecientes
De un pecho que amante estalla,
Embriagadores ensueños
De dulcísima esperanza,
Murmullos de ruiseñores,
De tórtolas dulces cántigas,
Ved los cantos del poema
Que inspira la luna blanca
Y esas noches de delirios
Para las amantes almas.

Toda la naturaleza
Melancólica descansa,
Mas como sueña en amores
Murmullos de amores lanza.

Pálida, triste, llorosa,
Inmóvil como una estátua,
Caridad mira del Bétis
Correr las tranquilas aguas.
Y al resplandor de la luna,
Que se quiebra en su ventana,
Y que su hermoso semblante
Tiñe del color del nácar,
Parece blanca azucena
Que triste la muerte aguarda.

¡Niña infeliz! Ve las ondas
Que vienen, que ván, que pasan...
Y las ondas que se fueron
Jamás volverá á mirarlas.
Del arroyo de la vida
Olas son las esperanzas,
Y en el mar del desengaño

Unas trás otras acaban.
¡Niña infeliz! ¡Cuántas veces
Ha recordado á Mañara
Y sus propios pensamientos
Han desgarrado su alma!
Ella, pura como un ángel,
Alentar vana esperanza,
Amar á quien sólo busca
Robar su dicha y su calma,
Atar su vida á la muerte,
Ver su pureza empañada...!
¡Nó, imposible! Y sin embargo
Piensa y adora en Mañara.
Le asaltan mil pensamientos,
Siente tal miedo en el alma,
Que hasta en las ondas del río
Mira siniestros fantasmas.
Siente rüido... un murmullo
De voces confusas, vagas,
Y oye su nombre. El acento
Que pronuncia tal palabra,
Como en su pecho resuena,
Sospecha que es de Mañara.
Y al par mira vagas sombras,
Negras, siniestras, extrañas,
Que cual jauría de lobos
Su pobre mansion rondaban.

Cerró sus ojos la niña,
Presa de pavor el alma,
Y eco de angustia al abrirlos
Resonó en la pobre estancia.
¿Era un sueño, una quimera,
Un aterrador fantasma?

. . . . . .

Cayó al suelo, y en el suelo
Cayó desde la ventana

Un hombre á la vez, lanzando
Satánica carcajada.

—¡Socorro! ¡favor! gimió
La pobre niña en su espanto.
—¡Mil truenos! Seca ese llanto,
El hombre le respondió.
Y en el contiguo aposento
Una voz ¡hija! decia,
De un sepulcro parecia
Que brotaba aquel acento.
—Tu suerte al fin te depara
Rico y gentil caballero.
—¿Quién sois vos?
—El escudero
De don Miguel de Mañara.
—¡Mañara! ¿Pretende así
Envolverme en fieros lazos?
Gregüela en sus fuertes brazos
La estrechó con frenesí.

. . . . . .

. . . . . .

Por ella corrió un temblor
De la cabeza á los piés.
¡Temblaba como la miés
En manos del segador!
Y en lucha tan desigual
La pobre niña espiraba,
Y al mismo tiempo escuchaba
El acento sepulcral
Que ¡hija del alma! decía,
¡Ladrones, sin compasion,
Arrancais el corazon
De una madre en su agonía!

Mas Gregüela nada oyó,
De la niña desprendióse,

Á la ventana acercóse
Y un largo silbido dió.

—

Al volver hácia su presa
Con depravada intencion,
Vió á la jóven, de la luna
Al dulce y tibio fulgor,
En los brazos de una sombra,
Que sombra le pareció,
Aquel bulto que miraba
Revolverse en un rincon.
Avanzó osado, y la niña,
Presa de angustia y terror,
—¡Salvadme, madre, salvadme!
Dijo con helada voz.
Y dando auxilio á la vida
La muerte en esta ocasion,
Colocando á sus espaldas
Á la prenda de su amor,
—Si avanzais un paso más,
Con voz rugiente exclamó,
Sois cadáver, y una daga
De la luna al resplandor
Brilló en las manos convulsas
De la tétrica vision.
Gregüela, helado de espanto,
Al punto retrocedió,
Se abalanzó á la ventana,
Y al reflejar el fulgor
De la luna en su semblante
Terrible grito escuchó
Que, desgarrando su pecho,
Penetró en su corazon.
Y la sombra avanzó rápida
Á Gregüela. Le miró
Con desencajados ojos...
Quiso hablar... pero su voz

Sólo dijo:
—¡Eres su padre!
Y entre sus brazos cayó.

Horrorizado Gregüela,
Recuerda en aquella voz
La historia de veinte años
De crímenes y de horror.
Y quizás por vez primera
Llanto en sus ojos halló,
Y un pensamiento contrito,
Y en su lábio una oracion,
No escuchando los terribles
Gritos de insano furor
Con que Mañara y los otros,
Testigos de su baldon,
De Gregüela maldecian
Y blasfemaban de Dios,
Temiendo que el escudero,
Prudente en esta ocasion,
Se aprovechase del fruto
Que codiciaba el señor.

Mañara ardiendo en coraje,
Lleno de angustia, escuchó
Diez sonoras campanadas
De fatídico reloj.
Y al par á escape tendido
En negro caballo vió
Á Acebedo, que llegaba
Cual diablo exterminador,
Á robarle el alma y vida.
Con un sarcasmo feroz
Dijo Acebedo, que al punto
Comprendió la situacion
De Mañara:—¡Alargo el plazo!
Que pues dichoso no sois,

No quiero teñir mi espada
Con sangre rabiosa ¡nó!
Comprendo que la gacela
Huye del fiero leon,
Y darle pretende el tigre
En esta empresa favor.
Y así diciendo, con calma
Á la puerta se acercó,
Y la dió tan fieros golpes,
Que resonaba el fragor
Cual si maza de gigante
Fuera su puño feroz.
Ciego Mañara de rábia
—¡Sacad la espada! gritó,
Y si noble habeis nacidô
Cumplid las deudas de honor.

Sus aceros se cruzaron,
Un grito sordo se oyó,
Y Acebedo cayó en tierra
Lanzando una maldicion.
—¡Caridad! dijo Mañara
Con desfallecida voz,
¡Caridad! ¡Sálvame ahora!
¡Tén piedad de mi dolor!

—

Sin hallar voces ni frases,
El desgraciado Gregüela
Fuerte estrecha entre sus brazos,
Llorando de angustia y pena,
Aquel cuerpo que fué suyo
Y que la muerte desea.
Caridad, puesta de hinojos,
Á Dios sus preces eleva,
Entre un torrente de lágrimas
Tan amargas como tiernas.
¡Grupo imponente y terrible

[illegible]

[illegible]

[illegible] se movian
[illegible] á Greguela
[illegible] é triste mirada.
[illegible] turbada y seca.
[illegible] salve á tu hija.
[illegible] enmienda.
[illegible]
[illegible] pureza...!

¡Juan! ¡Caridad! ¡Vírgen santa!
¡Hija, que Dios te proteja!
. . . . . .
Y voló su ánima al cielo,
Quedando el cuerpo en la tierra.

Caridad aquel cadáver
Anegada en dolor besa,
Miéntras inmóvil y mudo
Está llorando Gregüela.
De repente, obedeciendo
Á una convulsion magnética,
Anhelante de fatiga
Corre á la mezquina puerta
De la estancia, y con sus manos
El férreo cerrojo aprieta.
Oye fragor espantoso
Retumbar en la escalera,
Y lanzando horrible grito,
Corre á Caridad, la estrecha
Entre sus brazos, y el triste
Oprímela con tal fuerza,
Cual si quisiera en su angustia
Dentro del pecho esconderla;
Y... ¿escuchas, hija? le dice,
No son hombres, nó, son hienas.
Buscan tu honor, hija mia:
No puedo darte defensa,
Son muchos, son muchos, ¡muchos!
Escucha, escucha... se acercan.
¡Lobos! ¡carniceros tigres!
Y el desgraciado Gregüela
Cruzaba aquel aposento,
Como la irritada fiera
Á quien roban sus cachorros
Debe agitarse en su cueva.
De repente oye las voces

Exclama con voz que hiela.

. . . . . .

. . . . . .

Y quizás fué aquello un vértigo.

. . . . . .

Mira las ondas serenas
Del Bétis, que en anchos círculos
Tras un objeto se cierran.
Y después, tambaleándose,
Corrió insensato á la puerta,
Y al abrirla.... ¡vengan todos,
Exclamó; vengan á verla!
¡Era mi hija, mi hija!
Y con la voz de pantera,
¿Veníais á deshonrarla?
Grita á Mañara, ¡pues vedla!
Y á la ventana arrastrándole
Un blanco objeto le muestra
Que cual un copo de espuma
Por la corriente atraviesa.
¡La ha seducido.... la muerte!
¡Vedla, dice, vedla, vedla!

Mañara seca una lágrima
Que por sus megillas rueda,
Y mudo, helado de espanto
De aquella estancia se aleja.
En el umbral de la casa
Con un cadáver tropieza;
Es Acebedo.... satánica
Sonrisa sus lábios muestran;
Después de muerto parece
Que de su dolor se alegra.

X.

¡Hora imponente y dulce y misteriosa!
La luna derramaba su explendor,
La brisa alegre murmuraba amores
Con vagarosa voz.
Allá en Tablada, junto al claro río,
Negra sombra fantástica se vé,
Congelado vapor, giron de niebla,
Mudo espectro tal vez.
Algo espera sin duda, que impaciente
Con paso delirante viene y vá,
Hasta que escucha del reloj lejano
Doce golpes sonar.
Al extinguirse sus vibrantes ecos,
Se mira en el camino aparecer
Otra sombra, que rápida camina
Ginete en un corcel.
Y los dos se encontraron y ¡eran ellos!
El hermano de Ana vengador,
Y Miguel de Mañarà, que una tumba
Buscaba á su dolor.

—Puntual sois, dijo el hermano.
—Mañara exclamó: ¡á reñir,
Y Dios sabe que morir
Anhelo por vuestra mano.
Mas pienso en esta partida
Que, por burlas de mi suerte,
Vos no sabréis darme muerte
Porque es mi muerte la vida.

Á no ser vos caballero,
En verdad gozo sintiera
Porque muerte recibiera
Sin desnudar el acero.
Es preciso, y escuchadme,
Que lo pido por merced,
Tened de mi sangre sed
Y sin compasion matadme.
—Nunca tendrá mi valor
Compasion para aquel hombre
Que manchó mi ilustre nombre
Y empañó mi claro honor.
—¡Luchemos!
—Ese es mi afan.
Sus espadas se cruzaron
Y al recio choque lanzaron
Rayos de hirviente volcan.
Envueltos en lid que aterra,
Mañara un grito exhaló,
Algo en el Bétis miró
Y cayó exánime en tierra.
El otro quizás creyendo
Que estaba su honra vengada,
Rápido huyó de Tablada
Su destino maldiciendo.
Y cuentan que al otro día
De nuevo á Flandes partió,
Y que cual bueno murió
En aquella guerra impía.

XI.

¿Es un rayo de luz que desprendido,
De la pálida frente de la luna,
Reverbera en la mágica laguna
En sus ondas buscando dulce nido?
¿Es flor acaso del jardin del cielo
Que el ángel de la noche trae en sus alas,
Para prestar con sus brillantes galas
Luz á las flores del dormido suelo?
Tal vez es copo de nevada espuma,
Crisálida que encierra alguna ondina
Aquel *algo divino* que camina
De las ondas del río entre la bruma.
Dormida acaso al celestial arrullo
De un cántico de amor, puro y divino,
Caridad presta al Bétis cristalino
Dulces aromas, celestial murmullo.
Y sus trenzas parecen y su velo,
Al flotar en las aguas cristalinas,
Las alas de esas pobres golondrinas
Que besan á las ondas en su vuelo.
Y la luz que explendente tornasola
Del claro Bétis la veloz corriente,
Al reflejar sobre su blanca frente
Parece que le ciñe una aureola.

Y las algas desmayadas
Del hondo cauce salian
Para hacer un canastillo
De ramas entretejidas,
Donde cual blanco capullo,

De flor hermosa y divina,
Descansaba el cuerpo vírgen
De la desgraciada niña.
Y su rostro era tan bello,
Que más que muerta, dormida
Parece, porque la parca
Guardó su guadaña impía,
Y mandó venir á un ángel
Para robarle la vida.
Las ondas vienen temblando
Y aquel cuerpo depositan
En el remanso más bello
Que hay del Bétis en la orilla.
Encontrado á su corriente
El aire rápido, riza
Las olas, que al alejarse,
Un momento detenidas
Parece que para verla
Ván volviendo atrás la vista.

Mañara se alza del suelo,
La aparicion le fascina,
Corre á ella, lanza un grito
Y cae luego de rodillas.

. . . . . .

Y pasaron muchas horas,
¡Muchas horas sin sentirlas!
Siempre Mañara llorando
Con indecible fatiga,
Siempre besando las plantas
De su amor y de su víctima.

Y le sorprende la aurora
En tan terrible agonía,
Y así le mira la tarde,
Y así la noche le mira.
Al levantarse del suelo

Un cadáver parecía:
Secos estaban sus ojos,
Su cabeza encanecida.
Toma á la muerta en sus brazos
Y á la ciudad se encamina,
Y al verlos.... ¿cuál de los dos
Es el cadáver? decian.

CONCLUSION.

Y pasó un mes y otro luégo
Y en Sevilla se notaba
Que el diablo de ella faltaba
Ó faltaba don Miguel.
Y las rezadoras viejas,
Con su murmurar eterno,
Decian que en el infierno
Debió parar el doncel.
Mas un dia con espanto
Se le vió entrar en Sevilla,
Causando gran maravilla
Lo que el vulgo en él notó.
Y fué que al ver de San Jorge
La santa y humilde ermita,
Con el ánima contrita
En ella lloroso entró.
Y allí estuvo muchas horas,
Causando notable ejemplo
Que así estuviera en el templo
Aquel diablo terrenal.
Y vieron los sevillanos
Que el diablo, al siguiente dia,

Sus riquezas consumia
Levantando un hospital.
¡Ah! no hay delito á que el cielo
No otorgue santa clemencia,
Si busca la penitencia
Humillado el pecador.
Que en el mar, siempre irritado,
Del mundo ¡entre tanto vicio!
Nunca rueda al precipicio
Quien implora su favor.
¡Mañara, feliz mil veces!
Si el amor fué tu pecado,
En santo amor abrasado
Fundaste la Caridad.
Y si el orgullo en tu pecho,
Acaso fabricó un nido,
Lo trocaste, arrepentido,
En compasiva humildad.
Y en las naves de ese templo
De santidad maravilla,
Que para prez de Sevilla
Supiste al cielo elevar,
Halló el pobre dulce asilo,
Y de tu nombre en abono,
Al arte elevaste un trono
Y á Dios un sagrado altar.
Y del alcázar que al pobre
Lleno de amor fabricaste,
Tú sólo te reservaste
Un reducido confin.
¡Un huerto! donde tu mano
Ocho rosales cuidaba.
¡Hondo misterio encerraba
Aquel estrecho jardin!
Rosales que, cuando al soplo
De los céfiros gemian,
Para Mañara decian

Ténues frases de dolor.
Cada rosal recordaba
Tristemente á su memoria,
Amarga y llorada historia
De algun pecado de amor.

. . . . . .

Y todas, todas las noches,
Cuando con pena en el alma,
Vertiendo abundoso llanto
Aquellas flores regaba,
En los espacios se oian
Canciones, rumor de alas.
Y en los rayos de la luna,
Como celestes fantasmas
Ó apariciones divinas,
Ocho querubes bajaban
Sobre los ocho rosales
Que plantó el feliz Mañara.
¡Y eran ellas!—¡Sus amores!
Que, consolando sus lágrimas,
¡Dios te perdona! decian;
Y luégo al cielo tornaban.

. . . . . .

Han pasado yá dos siglos
Y áun los rosales se encuentran
Cubiertos de hermosas flores
En la verde primavera.

. . . . . .

Y cuando en la noche triste
El ánima á Dios entrega
Algun anciano, que muere
En *La Caridad*, resuenan
Murmullos, batir de alas
Por los aires.... y ¡son ellas,
Que bajan quizás por rosas
Y almas en cámbio se llevan!

MANUEL CANO Y CUETO.

D. MIGUEL DE MAÑARA.

DON MIGUEL DE MAÑARA.

TRADICION.

I.

Domus pauperum scala cœli.

Yá en el mar hundió la frente,
Tras sí llevándose el dia,
El sol, que claro y rïente
Mostró en su cielo esplendente
La reina de Andalucía.
Cual la sonrisa entre el llanto,
Cual la esperanza en la pena,
Vertiendo plácido encanto,
Rasga de la noche el manto,
Brilla la luna serena;
Rica lámpara colgada
De la bóveda celeste,
Del sol triste enamorada,
Reina de la noche amada
Con mil estrellas por hueste.
Del Bétis en los espejos
Su faz incolora brilla
Con mil vistosos reflejos,
En tanto envuelve á lo léjos

Su blanca luz á Sevilla.
  Yá con el pecho inflamado
Por los cándidos fulgores,
Vá el trovador inspirado
Á una reja, enamorado,
Á cantar trovas de amores.
  Que aún algun doncel galante
Que honra y vida compromete
De amor por un sólo instante,
Y algun trovador amante
Guarda el siglo diez y siete.
  Entre tanto, su mansion,
Que un alto escudo corona,
Con la vehemente expresion
De un alma toda pasion,
Un caballero abandona.
  Gentil, bizarra apostura,
Erguida, altiva cabeza,
Mirada ardiente y segura,
Varonil, rara hermosura,
En él respiran nobleza.
  Bien su rango se trasluce,
Pues su corazon de lava,
Que á amores locos le induce,
Cubre un manto, donde luce
Roja cruz de Calatrava.
  «Vamos, exclama al dejar
De su casa los umbrales,
Aventuras á buscar,
Mujeres á quien amar,
Placeres y bacanales.
  »Libemos en esas flores
De este mundanal eden
La dulce embriaguez de amores:
Para después, sin colores,
Arrojarlas con desden.
  »Si ellas gimen de contino

¿Qué importa su suerte avara?
¿Por qué su adverso destino
Las ha puesto en el camino
De Don Miguel de Mañara?
»Yo busco placeres, loco,
Para nutrir mi pasion;
Marchito la flor que toco,
Que de ardiente amor el foco
Está aquí en mi corazon.»
Así, en tanto que camina,
Mañara en su mente exclama,
Cuando al volver una esquina
Ante él la luna ilumina
Gentil y esbelta á una dama.
Luengo manto de blancura
Que á la de la nieve afrenta,
Hace, al cubrir su figura,
Adivinar su hermosura
Que tanto misterio aumenta.
La esbeltez de la mujer,
El silencio, la ocasion,
Son áun más que ha menester
Para en Mañara encender
Si fugaz, loca pasion.
«Dama esbelta y misteriosa,
Si no quieres darme enojos
No prosigas desdeñosa,
Muéstrame tu faz hermosa,
Que será luz de mis ojos.
»No me robes el sosiego,
Oye mi ardiente pasion,
La voz de mi amante ruego,
Y un trono de vivo fuego
Te alzaré en mi corazon.
»¿No escuchas? Quizás mi nombre
Tú ignoras, no es cosa rara;
Yá mi audacia no te asombre,

Con luz amarilla de triste blandon,
Y estátuas que llevan la mitra y cayado;
Do quier de la muerte se ostenta el blason.
Mas nada, ni el sitio severo, imponente,
Do negros fantasmas bullendo en tropel,
Acuden, poblando confusos la mente,
Detiene al altivo y audaz Don Miguel.
No ceja ni teme aquel alma impía,
Osado en el templo penetra su pié;
El manto nevado le sirve de guía;
Flotar en las sombras ligero se vé.
Aquella firmeza, jamás conocida
Del siempre envidiado feliz seductor,
Abriendo en su orgullo mortal, honda herida,
Satánico impulso le presta á su amor.
Se agita su pecho, sus ojos fulguran
De fuego sombrío un rayo fatal;
Feroz amenaza sus lábios murmuran,
Y envuelta vá en ella blasfemia infernal.
Mas ¡ah! de repente, donde una luz clara
Su esbelta figura envuelve en fulgor,
La dama se queda; dá un grito Mañara;
¡Está sólo el templo! ¡le aguarda su amor!
Yá llega anhelante donde ella le espera;
Satánico fuego despide su faz;
Sus brazos la ciñen, su mano ligera
El manto del rostro arráncale audaz.
Mas ¡ay! retrocede: ¿pavor ó respeto,
Qué siente el bizarro galan andaluz?
¿Qué ve bajo el manto? horrible esqueleto
Con ojos que lanzan fosfórica luz.
«Dejemos la muerte, sediento de vida
Latiendo en mi pecho está el corazon.»
Exclama, y con frente un tanto abatida
Al punto abandona la santa mansion.

II.

Reina el silencio en Sevilla;
Es media noche, esa hora
Que amor, crímen y misterio
Cobija en manto de sombras.
Lóbregas, cual los caminos
De una vida borrascosa,
Solitarias, como el alma
Á quien su Dios abandona,
Están las confusas calles
De la reina seductora
Que tiene por trono el Bétis,
La Giralda por corona.
Sólo allá en alguna esquina,
Ante una imágen devota
Que la piedad de los fieles
En pobre nicho decora,
Hállase, apénas rompiendo
La oscuridad tenebrosa,
Alguna lámpara humilde
Que luz vacilante arroja.
Áun más triste, más sombría
É imponente que las otras,
Es la estrecha y pobre calle
Que de la *Muerte* se nombra.
Hace esquina á otra calleja
No ménos triste y medrosa,
Que es del *Ataud* llamada,
Quizás por su extraña forma.
¿Quién osará en estas calles,

Hasta en el nombre horrorosas,
Penetrar con planta osada
De noche á las altas horas,
Si de entrambas en la esquina,
Á la luz triste y dudosa
De un farol, ante una casa
Que amenaza ruina pronta,
Se ve, negra por el tiempo,
Calavera aterradora
Que fué de la bella un dia
Y disoluta Susona?
¿Quién? D. Miguel de Mañara,
Cuya alma audaz, orgullosa,
Valla y temor no conoce
Y hasta á la muerte provoca.
Cual simple hidalgo aparece;
No ostenta el hábito ahora;
Ropilla de terciopelo
Viste, con rizada gola.
Chambergo de blancas plumas
Y alas pequeñas y airosas,
Á medias su rostro encubre
Que en el ferreruelo emboza.
Lleva ceñida la espada,
Bien templada y brilladora,
Que en sangre tiñó cien veces
Y al corazon váse pronta.
¿Adónde vá? ¡quién lo sabe!
Mas una empresa amorosa
Vá á acometer, bien lo dice
La sonrisa de su boca.
Ella revela aquel alma
Que, cual brisa arrulladora,
Mece un momento las flores,
Cual noto después las troncha.
Mas ¡ah! que aquella sonrisa
Pronto en un gesto se torna

De ira feroz y amenaza,
Á la vez que un voto arroja.
  Rudo, espantoso, violento,
En su cabeza orgullosa
Un golpe le deja en tierra,
Sin ver la mano traidora.
  Aquel golpe inesperado
Un instante le trastorna,
Y en tierra, cual tigre herido,
Lanza un mugido su boca.
  Mas al querer levantarse,
Sepulcral, lúgubre y honda
Una voz que no es humana,
Hace que estas frases oiga.
  «Yá está muerto, preparadle
El ataud sin demora;
Dadle al sepulcro su presa;
La tierra el polvo recobra.»
  Álzase entónces Mañara,
Busca con mirada ansiosa;
Está solo, nada encuentra;
Cércanle no más que sombras.

III.

  Después de algunos momentos,
Su vaga incierta mirada
No hallando á nadie, alejarse
Al fin resuelve Mañara.
  Mas ¿dónde está la salida,
Dónde está, que no la halla,
De la calle de la Muerte,

Donde de la suya tratan?
  En vano ansioso la busca
Á la luz casi apagada
Que muestra la calavera
De la Susona en la casa.
  Y busca y tocan sus manos,
Y largos minutos pasan;
Y la salida que anhela
No encuentra su suerte infausta.
  Vencido por Dios su orgullo
Un hondo gemido lanza,
Como lëon espirante,
Que herido, en la selva brama.
  Y despertando en su pecho,
Do duerme, la fé cristiana,
Coje la cruz que corona
Su siempre temida espada.
  Mira entónces, y á lo léjos
Ve venir dos filas largas
De luces, que entre las sombras
Pálido fulgor derraman.
  Entre las negras tinieblas
Aquellas luces destacan,
Como entre el crímen sombrío
De Dios la justicia santa.
  Y lentamente se acercan;
Y nota que son llevadas
Por sacerdotes,. vestidos
Con sobrepellices blancas.
  Rostros secos, descarnados,
Profunda, glacial mirada
En aquellos sacerdotes,
Hacen sentir hielo al alma.
  Lentos, silenciosos, tristes,
Como pálidos fantasmas,
Se acercan al caballero
Que estupefacto se pára,

Y en aquella comitiva.
[illegible] aterradora adelanta.
Y [illegible] funebre cortejo
[illegible] un cadáver acompaña
Tras de aquellos sacerdotes
[illegible] figuras pálidas
[illegible] llevado
[illegible] funebre [illegible]
[illegible] á tales [illegible]
[illegible] le pasma
[illegible] quién es [illegible]
[illegible] una fuerza [illegible]
[illegible] las lúgubres figuras
[illegible] silenciosas pasan
[illegible] sacerdote
[illegible] su frente [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] el [illegible]
[illegible] helado
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] alma
[illegible]

En ademan de amenaza;
Mide á aquellos sacerdotes
Con altanera mirada;
  Hácia el féretro enlutado
Rápidamente se lanza,
Y el cadáver que contiene
Con brusco ademan destapa.
  Mas ¡qué mira! lanza un grito;
Con boca lívida, helada,
Ojos fijos y apagados,
Él allí muerto se halla.
  Para resistir de nuevo
Yá sus fuerzas no le bastan,
Y sumido en un letargo
Al brillar le encuentra el alba.

  En tanto, en su mente, horribles y escuetos,
Doquier confundidos, bullendo en tropel,
Falange espantosa, sin fin de esqueletos,
Helando su sangre, halló Don Miguel.
  Sus bocas horribles, que ni hablan ni aspiran,
Abiertas, remedan sonrisa glacial;
Sus cóncavos ojos sarcásticos miran
El loco entusiasmo y afan mundanal.
  Y mira un espacio donde entran las almas
De aquellos que avara la tierra tragó;
Y allí se marchitan del mundo las palmas,
Y allí de los tiempos se rompe el reló.
  Llegando á una sima las vé que trabajan,
Midiendo su espacio por ver su confin;
Y ruedan fugaces, y bajan, y bajan;
Ni tocan su fondo ni encuentran su fin.
  Y allí nada muda, y allí es todo estable;
Ni crecen las sombras, ni hay más claridad;
Doquier que se mira, con sello inmutable
Grabada indeleble se ve, ETERNIDAD.

IV.

Pasó la aurora süave
Vestida de luz incierta;
Abrió de Oriente la puerta;
Tendió el manto de arrebol;
Y brillante, y circüido
De celajes de oro y grana,
En una hermosa mañana
Brilla explendoroso el sol.
Mas sus luces de topacio
Penetran sólo con tasa
En la estancia de una casa,
Que adornan escudos cien;
Donde ricos, decorados
Con exquisitas labores,
Del arte bellos primores
Doquiera los ojos ven.
¿Por qué una espesa cortina
Impide, tras los cristales,
Ver los ricos sitiales,
El expléndido tapiz;
Y las preciosas molduras,
De oro puro sobre grana,
La blanda alfombra persiana
Y su límpido matiz?
¡Ah! que allí en mullido lecho
Que rico tisú decora,
Pálida, como la aurora
Que sigue á la tempestad;
Hundidos los bellos ojos,

Con el aliento anhelante,
Se halla, casi agonizante,
Una hechicera beldad.
En la estática mirada
Con que sus ojos fulguran,
En el nombre que murmuran
Sus lábios yá sin color,
Se ve que es esa belleza,
Falta de vital aliento,
De las víctimas sin cuento
Que inmola crudo el amor.
Blanca paloma inocente,
Rápido tendió su vuelo,
Y al remontarse hácia el cielo
La hirió una flecha mortal:
Alma que buscó sedienta
De dicha los manantiales,
En engañosos raudales
Bebió veneno letal.
Azucena la más pura,
Brilló en los campos de Flora;
Una mano previsora
Del reptil la preservó;
Mas ¡ah! si morder aleve
Sus hojas no le fué dado,
Con hálito emponzoñado
Él su ambiente envenenó.
Y ora en triste desaliento
Hondo su pecho suspira;
Ora extasiada delira,
Yá gime al dolor cruel;
Mas ya se anegue en su llanto,
Ya halague esperanza loca,
Siempre se encuentra en su boca
El nombre de Don Miguel.
Nombre que la faz adusta
Enrojece de un anciano,

Que abriga la helada mano
De la jóven con amor;
Y que en sus oscuros ojos,
Bajo sus cejas de nieve,
Hace brillar fuego aleve
De cólera y de rencor.
Y es natural que sus ojos
Lancen tan siniestro brillo;
Es Don José del Carrillo,
Caballero de gran prez;
Á quien su adorada hija,
Del corazon prenda cara,
Roba el amor de Mañara;
Queda solo en su vejez.
Él las dueñas y los pajes
Apartó de su hija bella;
Veló en torno á la doncella;
Fué el esclavo de su honor;
Mas si impidió que algun dia
Quizás sus canas manchára,
No evitó que la matára
De Don Miguel el amor.
Y ve extinguirse esa vida,
De la suya noble orgullo;
Ve aquella flor en capullo
Su débil tallo doblar.
Y en su corazon de padre
Mar de penas se desata,
Que ¡ay! el dardo que la mata
Ve sin poderlo arrancar.
Por eso, yá fervoroso,
Preces á su Dios murmura,
Yá su mirada fulgura,
Con acendrado furor;
Mas siempre, bebiendo el cáliz
De dolor crudo y punzante,
Está, como padre amante,

Junto al lecho de dolor.
  Solo se encuentra en la estancia
Junto á la bella doliente;
Mas ¿qué mira?... De repente
Oye la puerta girar:
  Y allí, do nadie penetra,
Ve, con paso acelerado,
Sin ser ántes anunciado
Un caballero llegar.
  Silencioso se adelanta
Y hácia Carrillo camina,
El cual presa se imagina
De pesadilla crüel;
  Que en el audaz caballero,
Irritando sus enojos,
No hay duda, miran sus ojos
El rostro de Don Miguel.
  Llega, alterado el semblante,
Pálida la altiva frente,
Junto á la hermosa doliente
Que dá un grito de emocion;
  Y ámbos absortos se miran,
Entre un suspiro abrasado,
Miéntras el padre irritado
Arroja una maldicion.
  «Don Miguel, salid al punto;
Si os place la angustia ajena,
Vuestro corazon de hiena
En otras podeis saciar:
  »Mas no aquí, donde mi hija
Se halla por vos casi inerte;
Al infortunio y la muerte
No os atrevais á insultar.»
  Dice Carrillo, y añade
Con ronco agitado pecho,
Queriendo de junto al lecho
Arrancar á Don Miguel:

«Venid: si saña conmigo
Tuvísteis, vedla cumplida,
Que la mitad de la vida
Vos me arrebatais cruel.
»La mitad de ella me queda,
Mi honor, limpio como el cielo,
Que mi incesante desvelo
Libró de vos es verdad.
»Pero vivir no me es dado
En esta pena prolija;
Que es mi hija, mi única hija,
Don Miguel, la otra mitad.
»Salid; yo iré en vuestra busca
Cuando acabe su existencia,
Y ese arcángel de inocencia
Feliz descanse en su Dios;
»Que aunque yá débil anciano,
Falto de ventura y calma,
Áun hay valor en mi alma
Para arrancárosla á vos.»
«Carrillo, de vos tan sólo
Tales frases escuchára,
Dice el altivo Mañara
Cubierto de palidez;
»Mas nó, no vengo á insultaros
Con intencion fementida,
Vengo á esta hermosa, la vida
Á devolverle tal vez.
»Si ella por mi amor se muere,
Presa de dolor insano,
Vengo á ofrecerle mi mano
Y con ella el corazon;
»Que el alma del libertino
Convertir al cielo plugo,
Y el matrimonio y su yugo
Acepto cual grato don.
»¡Vedlo, pues! Yá en su mirada

La luz de los cielos brilla:
Yá matizan su megilla
Las rosas que la robé.
»¡Vive! La dicha que anhelo
No más en fuentes impuras,
Sino en las tiernas dulzuras
De su amor puro hallaré.»
Oyó atónito el anciano,
Alza la vista y repara
Que en los ojos de Mañara
Pugna el llanto por saltar.
«¡Cómo, prorumpe agitado
Por tan fuertes emociones,
Si une amor dos corazones
Yo los podré separar!
»Dále si puedes la vida,
Para hacerla venturosa;
Dásela, y yo cariñosa
Te daré mi bendicion;
»Mas si el dolo te acompaña
No hay baldon que bien te cuadre:
¡Caiga sobre tí de un padre
Terrible la maldicion!»

V.

¿Qué es en el mundo la ventura humana,
Buscada por do quier, con loco anhelo?
La flor que en la mañana
Hace de bella y de vistosa alarde,
Y el inclemente hielo
Marchita deja en la cercana tarde.

Y creador poderoso, como el vate,
Mundos de luz y de colores crea.
Mas ignoraban que cercano un día
Las matizadas flores
Que daban su perfume á sus amores
En fúnebre ciprés convertiría;
Y al par acallaría
De las aves el canto,
Que arrullaban su amor en la mañana,
Porque sonase con terror y espanto
El fúnebre doblar de una campana.
Sonó la hora fatal: cuando en Ocaso
Á sepultarse el sol, triste camina,
Su resplandor escaso
Una estancia ilumina.
Do la muerte se cierne pavorosa;
Donde una vela, que sin brillo arde,
Mezcla su luz dudosa
Con los últimos rayos de la tarde.
Y allí vése en un lecho, demudado,
Pálido el rostro de belleza rara,
Y teniendo á su lado
Al ministro de Dios Omnipotente,
La idolatrada esposa de Mañara.
Un helado sudor baña su frente;
Sueltos, sin órden flotan sus cabellos;
Y de sus ojos bellos
Apagado el mirar, hállase fijo
En la cárdena faz de un Crucifijo.
Triste, como del mar muge la ola,
Un gemido profundo y lastimero,
Eco de un alma que el dolor asola,
Junto al lecho de muerte arrodillado
Exhala el infelice caballero,
Que el astro de su amor mira eclipsado.
La frente enjuga, las megillas toca
De aquella de su amor prenda querida;

Ván surcando sus megillas;
De su corazon la sangre
Que brota por ancha herida.
«¿Por qué, prorumpe, si el cielo
Quiso que do quier me sigan
De la muerte los horrores,
Esta sed me dió de vida?
»Hoy que el sol de mi ventura
¡Ay! para siempre se eclipsa,
De vivir siento más ánsias,
Más amor mi alma respira.
»Madre de todos los séres,
Providencia que benigna
Hasta al más pequeño insecto
Bajo tus alas cobijas;
»Murió aquélla en cuyos ojos
Yo la existencia bebia,
Y vivir vida de amores
Mi alma ardiente necesita.»
«Don Miguel, Dios os consuele,»
Dice con voz conmovida
Á su lado un sacerdote
Que alza su plegaria pía.
Y acercándose al cadáver,
De su yerta mano quita
El sagrado Crucifijo,
Donde clavó su pupila.
«Tomadle, con voz solemne
Prosigue; si en él se fija
Vuestra mente, viviréis:
¡Sólo en Dios se halla la vida!»
Y lentamente se aleja;
Mas su voz quédase y vibra
Del caballero en el alma,
Que en Jesus clava la vista.
Y de su costado abierto
Ve salir, de luz vestida,

[illegible] virtud, cuyo manto
Al mundo entero cobija,
Y abre inmensos horizontes.
[illegible] ceteras ricas,
[illegible] perfumadas
[illegible] izan.
[illegible] su aliento
[illegible] pura:
[illegible] Mañana:
[illegible] hasta la [illegible]
[illegible] ha [illegible]

Del corazon ardiente de Mañara.
Y yá ese corazon rindióse amante
Al Dios que persiguióle en su camino,
Y en su seno de paz miró brillante
El astro fulgurar de su destino.
El alma de vivir siempre anhelante
Del audaz, orgulloso libertino,
Se ve trocada por divino encanto
En alma humilde de amoroso santo.
¿Qué es un santo? Los láuros brilladores
De génios que la fama altos pregona,
No valen la menor de aquellas flores
Que esmaltan y enaltecen su corona.
La gloria, el explendor de más fulgores
Que derrama su luz de una á otra zona,
Ante su resplandor brillante y sumo
Es sombra nada más, es negro humo.
¿Qué es un santo? la flor entre eriales,
El bálsamo divino del consuelo,
La estrella que ilumina á los mortales,
El dulce conductor que lleva al cielo.
Es nuestro noble orgullo; él en los males
Alza del alma el abatido vuelo;
Es el oro brillante y sin escoria;
El trasunto de Dios, su amor y gloria.
Tal es Mañara: su alma enardecida
Halló su foco yá puro y ardiente;
Su sed fogosa de ventura y vida
En el seno de Dios copiosa fuente.
Ancha pradera que á gozar convida
Mira, ornada de luz resplandeciente,
Y allí su corazon de amor se inflama
Y al internarse más, más vive y ama.
Y fecundo su amor, flores produce
De gracioso matiz, de puro aroma;
Y una, entre todas, descollando luce,
Cuyo gérmen es Dios, que en ella asoma:

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

todo seña

[illegible] las flores

[illegible] la han guardado

[illegible] verdores;

[illegible] amado

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] el suev

De siglos á través, de conmociones:
Del pobre á quien dejó vida y consuelo,
Vive en las fervorosas bendiciones;
Monumento de amor, con tierno anhelo
Elévanle, inmortal, los corazones,
Y acá en Sevilla vive su memoria,
Cual su espíritu en Dios, vida de GLORIA.

VICTORINA SAENZ DE TEJADA.

EL REY MÁRTIR.

EL REY MÁRTIR.

¿Quereis de la esperanza hallar la fuente?
Mirad al cielo y la veréis allí...
L. A. DE CUETO.

INTRODUCCION.

Los séres que lloran perdida la calma
Y piden al cielo que fuerza les dé,
Que vengan á oirme trayendo en el alma
La llama divina que enciende la fé.

Yo canto las tiernas y dulces memorias
De aquellas edades do luz prestó el sol
Á grandes hazañas, á expléndidas glorias
Que áun son claros timbres del pueblo español.

Leyendas benditas que ofrecen consuelo
Y al par aconsejan al débil mortal,
Que á frágil corona del mísero suelo
Prefiera la palma de gloria inmortal.

Son tristes, que triste del hombre es la vida
Si cumple sin trégua penoso deber;

Mas tiene de flores la senda escondida
Y hay paz en el alma si falta el placer.

La queja doliente, la gota de llanto
Que amargos dolores hicieran brotar,
De tiernas virtudes el plácido encanto,
Con rudos acentos os vengo á contar.

Cual ave viajera la tierra cruzando
Yo busco los valles de eterno verdor,
Y voy de mi España leyendas narrando
Que tengan recuerdos de fé y de valor.

Las flores del campo me dán sus aromas,
Las fuentes su limpio, tranquilo caudal;
Las aves sus trinos, las blancas palomas
Misterios de amores, ventura ideal.

Apénas hay valle, ribera ni monte
Que avaro no guarde recuerdos de ayer
Y tenga de gloria su inmenso horizonte
Y ejemplos nos brinde de honor y deber.

Más dice á mi alma el muro de piedra
Del yá destruido feudal torreon,
Cubierto de abrojos y ramos de yedra,
Que el más opulento, brillante salon.

En gótico muro la estrecha ventana,
Si tiende la noche su negro capuz,
La sombra de amante, gentil castellana,
Me finge la luna con pálida luz.

Abeja del monte, busqué los raudales
Y en flores cristianas bebí inspiracion;
Si pobres de mieles están los panales
Es rico en deseos y en fé el corazon.

¡Aquellos que lloran perdida la calma
Al cielo rogando que fuerza les dé,
Que vengan á oirme trayendo en el alma
La llama divina que enciende la fé!!

I.

LA DESPEDIDA.

Es una noche sombría
Y tan densamente oscura,
Que ni una pálida estrella
En el firmamento alumbra.
Ruge sordamente el trueno,
Y el aire con fuerza zumba
Arrancando de las nubes
En gruesas gotas la lluvia;
Miéntras en grupos informes
Ellas el espacio cruzan,
Veloces cual la desgracia
Y negras como la duda:
Sevilla, la ciudad reina
Del valor y la hermosura,
Á quien dá en tributo el Bétis
La plata de sus espumas;
Envuelta en el denso velo
De la neblina importuna,
Como olvidado sepulcro
Está solitaria y muda.
Sólo cuando en luz ardiente

El relámpago fulgura,
Se advierten por las murallas,
Como fantasmas confusas,
Los valientes centinelas
Que con sus voces robustas
Responden al ronco trueno
Que en el espacio retumba.
En un gótico castillo,
De severa arquitectura,
Hay una cámara ornada
Con más fausto que otra alguna.
Una lámpara de cobre
Con trémula luz alumbra
Y finge por los tapices
Mil vacilantes figuras.
Tres personas solamente
En esta noche la ocupan,
Una dama, un caballero
Y un niño en dorada cuna.
Que miéntras su tierna madre
Lánguidamente le arrulla,
Entre sueños se sonrie
Con inefable dulzura.
¿Por qué tan leves sonrisas
Siempre los niños modulan?
¿Es que ven del Paraiso
Las ignoradas venturas?
¡Feliz edad en que nada
Al inocente preocupa,
Ni le desvela la gloria
Ni le abate la fortuna!
El mancebo que sombrío
La régia cámara cruza,
Tiene los ojos azules
Y la cabellera rubia.
Fuerte armadura de guerra
Sobre su cuerpo se ajusta,

Y hay en su n[illegible]
De bondad y [illegible]
Con reposa[illegible]
Y con gallar[illegible]
Cruza la estan[illegible]
Detiénese ante la cuna.
Y siempre brota en sus ojos
Brillante, cándida y pura,
Una lágrima y en ellos
Rápidamente se enjuga.
Mas la dama, que adivina
Cuántos dolores oculta,
Quizás para no aumentarlos
Con silencio disimula.
Ángel de castos amores,
Flor que la vida perfuma
Con aromas de virtudes,
Con extremos de hermosura;
Es tan bella como el rayo
Que vierte la blanca luna,
Sobre el cristal del arroyo
Que blandamente murmura.
Son el rey Hermenegildo
Y su dulce esposa Ingunda,
Que del hijo idolatrado
El tranquilo sueño arrullan.
Miéntras á la par el cáliz
De mil tormentos apuran,
Y si por azar se encuentran
Miradas que no se buscan,
Siempre una leve sonrisa
Es máscara de la lucha
Conque ocultarse pretenden
Sus recíprocas angustias.
Y en tanto que de mil modos
Sus corazones torturan,
Afuera braman los vientos,

Cae á torrentes la lluvia,
  Y la ciudad, entregada
Sólo á sus guardias nocturnas,
Como olvidado sepulcro
Sigue solitaria y muda.

II.

Detúvose ante su esposa
El jóven rey tristemente,
Y al verla muda y doliente
De esta manera le habló:
  —Por última vez, Ingunda,
Y en nombre de mi amor ciego,
Acepta, yo te lo ruego:
Y ella murmuraba:—¡Nó!!

  Soy la yedra que ha crecido
Al olmo robusto unida;
Si de él la arrancas, su vida
Sabe que arrancas tambien.
  Déjame estar á tu lado,
Que es mi gloria y mi consuelo,
Y esperemos en el cielo
Fuente del supremo bien.

  —Escucha, mi amor, el tiempo,
Que pasa rápidamente,
Hace más viva y ardiente

La llama de la ambicion.
¿Qué harás aquí si la lucha
Mayores impulsos toma,
Cual solitaria paloma
En su olvidada prision?

Á más debo confesarte
Que ver sufrir á mi lado
Á tí y á un hijo adorado
Me hace los riesgos temer.
Deja que pase del ódio
La adversa noche sombría,
Y vuelva de la alegría
El risueño amanecer.

—¿Y si te exige tu padre
Que abjures la fé cristiana?
—La gloria del mundo vana
Que disfrutamos los dos
Le volveré, y marcharémos,
Libres de afanes prolijos,
Para educar nuestros hijos
En la fé de nuestro Dios.

—¿Y dejarás todo?
—Todo.
—¿La córte?
—Con alegría.
—¿Y tu hermano?
—Ingunda mia,
No le nombres por piedad.
Él es la sola cadena
Que en España me retiene,
Su tierno amor me sostiene
En la dura adversidad.

Pero la noche adelanta

[illegible]

nelante,
acercó.
le en sus brazos
ole á su seno,
o sereno
se durmió.

el amante grupo
ansiosas miradas
pe, y recobradas
zas tornó á decir:
adre que tan dulces besos
de tu sér prodigas,
á ser franco me obligas
y disponte á partir.

alzó la cabeza Ingunda,
ó con pena á su esposo,
un suspiro doloroso
rimió su corazon.
Miéntras él de sus dolores
Sacando rara energía,
De este modo proseguía
Su terrible narracion.

—Bien sabes que cuanto puedo
Y áun más muchas veces hago,
Por evitar el extrago
De la guerra y la impiedad.
—Mas todo, Ingunda, fué inútil,
Nada que intento consigo,
Y mañana el enemigo
Pondrá cerco á la ciudad.

—¡Mañana! ¡bondad divina!
¿Y las cartas que aguardabas?
—¡Pobre Ingunda! tú esperabas

En las cartas como yo.
  Llegaron, y son el eco
De la saña de Gosvinda,
Manda en ellas que me rinda...
—¡Rendirse es la muerte! ¡Oh, nó!

  —Débil mi adorado padre
Á sus tiranos antojos,
El peso de sus enojos
En mí descarga cruel.
  Para perdonarme exije
Que deje de ser cristiano,
Pues no he de ser soberano
Si no me confieso infiel.

  Tú que sabes las crueldades
Con que Gosvinda castiga,
¿Qué más quieres que te diga,
Adorada y tierna flor?
  Tú que sufriste en el alma
Y en el cuerpo sus agravios,
¿Osarás mover los lábios
Para calmar mi temor?

  Al frente de sus guerreros
El rey Leovigildo viene:
Sevilla no se sostiene,
Que todo nos falta aquí.
  Gosvinda tambien le sigue
Como leona irritada;
Y sola y abandonada
Debo dejarte.—¡Ay de mí!

  —Marcha, Ingunda, si no quieres
Que el ángel de tus amores
Comience á sufrir rigores
Casi al punto de nacer.

Que si esta noche pasamos
En tan angustiosa vela,
Es porque el alma recela
Cercano el peligro ver.

—Y ¿por qué no huyes conmigo
Y harás mi dicha cumplida?
—Porque mejor que la vida
Son los timbres del honor.
En todos mis partidarios
Mi fé religiosa arde,
Y me llamarán cobarde
Por no llamarme traidor.

—¡Perdona, luz de mis ojos,
Si mi ruego te ofendía!
¿Si no amarte, qué sabía
Tu desdichada mujer?
Cuanto anhelaba mi pecho
Te confesaba mi boca;
Ahora tan sólo me toca
Oirte y obedecer.

Y el tierno niño dormia,
Y la princesa lloraba,
Y Hermenegildo luchaba
Con su llanto y con su amor.
Cuando toques de clarines
Por todas partes se oyeron
Y los ecos devolvieron
El repentino clamor.

Inquieto se asomó el jóven
Á la gótica ventana,
Y en leves tintas de grana
Vió teñirse la ciudad.
Nueva aurora, de oro y fuego

El horizonte cubria
Y sus destellos perdia
En la azul inmensidad.

Cual los males y los bienes
La tormenta habia pasado,
Dejando puro y rosado
El matutino arrebol:
Y lluvia de blancas perlas
En sus mantos de colores
Á las matizadas flores
Para recibir al sol.

Sevilla se despertaba
Y de sus guardias leales
Eran los ecos marciales
Los que se oyeron sonar.
Que léjos, allá muy léjos,
Entre la bruma, advertian
Soldados que parecian
En buen órden caminar.

Llenos á la par el alma
Y el corazon de amargura,
Á su esposa con ternura
El príncipe se volvió.
Quiere hablarle, mas lo impide
La pasion con que la ama;
Entónces á un paje llama
Y al momento apareció.

Algunas órdenes dadas
Le fueron rápidamente,
Y á cumplirlas diligente
Volvió al momento á salir.
Pasó tiempo, tornó el paje;
El príncipe rompió el nudo

Á su voz y decir pudo:
—Es hora yá de partir.

Como el viajero despierta
Confuso y sobresaltado
Y ve que el riesgo ha llegado
Cuando soñó descansar;
Vuelta al mar de sus dolores
La princesa desdichada
Ni áun se atreve desolada
Una queja á murmurar.

Con el manto que en sus hombros
Echa el esposo afligido,
Abriga al niño dormido
Y le acaricia otra vez.
Suelta lleva la madeja
De sus cabellos de oro,
Y del insomnio y el lloro
Marchita la blanca tez.

Ciñendo con dulce abrazo
Su delicada cintura,
El príncipe con ternura
Con ella á un patio bajó.
En él esperando estaban
Dos ancianos escuderos,
Con tres caballos ligeros
Que el pajecillo eligió.

Al mirar á su señora
Por el infortunio herida,
Y pálida y abatida
Bajo el peso de su mal,
Los valientes servidores
Perdieron valor y calma,
Y sintieron en el alma

[illegible] vremos
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] martirios
[illegible] mi hacen.
[illegible] acen
[illegible]

[illegible] Ingunda
[illegible] el lazo
[illegible] rezo.
[illegible] mas.
[illegible] una poterna
[illegible] guiaba.
[illegible] marchaba
[illegible] mas!

[illegible] rema.
[illegible]
[illegible]
[illegible] los.
[illegible] pequeño infante
[illegible]
[illegible] decia.
[illegible] «¡Adios!!»

[illegible] mi ausencia
[illegible] les.
[illegible] fieles
[illegible] pesar,
[illegible] ntra el seno
[illegible] mores.
[illegible] dolores
[illegible] marchar.

UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

Siguióla con sus miradas
Entre el crecido ramaje,
Miéntras pudo ver su traje
Del alba á la pura luz.
Y en el fondo de su pecho
«¡Sálvala, Señor, decia,
Sea la lucha sólo mia
Y mi bandera la cruz!»

III.

ANTECEDENTES.

Capullo de rosal, que cuando nace
Cercado está de zarzas y de espinos;
Ángel de paz, al valle de la vida
Para amar y sufrir sólo venido;
Encanto de las almas, noble orgullo
Y tierno amor al par de Hermenegildo,
Era Ingunda de propios y de extraños
Adorada do quiera con delirio.
Católica en su fé, mas tierna niña
Cuando de Austrasia desposada vino,
Jamás el rey creyó que ser pudiera
Obstáculo al poder del arrianismo.
Ántes bien, que el ejemplo de la córte,
De su abuela Gosvinda los cariños,
Borráran lentamente de su alma
La pura y dulce fé de Jesucristo.
El noble sucesor del rey Liuva
Al desposar al príncipe su hijo,
El reino de la bella Andalucía

Al fin los sufrimientos de su esposa
Evitó de una vez Hermenegildo:
Pidió permiso al rey, marchó á Sevilla,
Y gozaron de amor dias tranquilos.
Libres los dos del gavilan sangriento
Que destrozó su perfumado nido,
Olvidaron el ódio que no duerme
Y oculta en las tinieblas sus designios.
La piedad de su esposa, los consejos
De San Lëandro, su amoroso tío,
La sombra de la tierna y buena madre
Que en el cielo rogaba por su hijo,
Le mostraron verdades ignoradas
De virtudes y amor del cristianismo,
Y la luz de la fé radió en su pecho
Cual radia en corazones elegidos.
¡Hora de bendicion fué la del dia
En que el agua sagrada del bautismo
Regeneró su frente, y dió á su alma
El sello de la fé de Jesucristo!
Mas ¡ay! que como el polvo hasta las nubes
Alza el aire con ráudo torbellino,
Su conversion la fama publicaba
Y surgieron de nuevo los conflictos.
Promesas y amenazas se emplearon
Sin conseguir el logro apetecido,
Y al fin el rey, juntando sus guerreros,
Para Sevilla presuroso vino.
Gosvinda le acompaña, ¿quién le haria
Perdonar al que juzga su enemigo?
¿Qué importa que la sangre que aborrece
Se mezcle con la sangre de sus hijos?
Ay desdichada Ingunda: ¡cómo el cielo
Aumenta tus dolores y martirios,
Y al destierro te lleva, cuya senda
Buscas entre sollozos y suspiros!
El príncipe entre tanto de Sevilla

[illegible]

Gosvinda, que le animaba
En sus culpables rencores,
Áun más colérica estaba
Al pensar que se escapaba
Ingunda de sus rigores.

El rey mandó la partida
Siempre del príncipe en pos,
Con voluntad decidida
Ó de arrancarle la vida
Ó de arrancarlo á su Dios.

Pero Córdoba era fuerte,
Muchos guerreros tenía,
Y si el príncipe quería
Acaso su triste suerte
En ella evitar podía.

Con mil tiendas adornaron
El campamento real,
Y cuando el cerco empezaron
En honda lucha mortal
Muchas veces se empeñaron.

Pero como el tiempo avanza
Sin cambiar la situacion,
El rey tuvo la esperanza
Que do la fuerza no alcanza
Puede alcanzar la traicion.

Es una noche serena
De primavera florida;
El áura, de encantos llena,
Vaga en los bosques, perdida,
De fértil campiña amena.

Los álamos que frondosos

Perdonado y que anhelante
Al hijo bueno y amante
Ansioso el padre aguardaba.

Amaba tan tiernamente
Su juvenil corazon
Al pobre hermano inocente,
Que su mismo amor ardiente
Sirvió á la negra traicion.

Y es que en la feliz aurora
De la vida no comprende
El alma por qué se llora,
Ni por qué la traicion dora
La palabra con que vende.

—No te exigen que decidas
Olvidar tu religion
Por la que dieras mil vidas,
Sólo, sí, de que le pidas
Á nuestro padre perdon.

Con voz dulce y armoniosa
Esto el infante decia,
Y Hermenegildo veia
Cual vaga nube de rosa
Que su horizonte cubria.

Hacer completo abandono
Del régio explendor del trono,
De su buen padre á los piés
Y vivir libre de encono
Tan sólo su anhelo és.

Si la paz que está anhelando
El paterno amor le brinda,
¿Ha de seguir peleando

Ministro de las iras desleales,
De la venganza y la ambicion cruel,
Ocultando sus ódios infernales
Aparece Gosvinda á espaldas de él.

¡Cómo alimenta su terrible saña
De mil recuerdos caminando en pos!
¿Mas que luche con hombres qué se extraña
La que quiere luchar hasta con Dios?

Nobles altivos, jefes valerosos,
Humildes cercan al temido rey;
Buscando en sus miradas afanosos
Leves caprichos que erigir en ley.

Levantóse el tapiz, y satisfecho
El inocente Recaredo entró,
Y áun cuando lleno de dolor el pecho,
Al punto Hermenegildo le siguió.

Á su pesar temblaron los guerreros
Viendo lograda la traicion real,
Y Gosvinda sus ojos altaneros
Clavó en él, cual los filos de un puñal.

El príncipe cedió á su fé sencilla,
Que ser sencillo de los buenos es,
Y doblando sumiso la rodilla
Del irritado padre ante los piés,

—¡Señor!... quiso decir, miéntras su hermano
Contempla con asombro y con pesar
En la arrugada frente del tirano
La tormenta yá próxima á estallar.

Pero el rey á su víctima inocente
Airado con extremo interrumpió,

VI.

LA PRISION.

· largas son las horas para el que sólo gime
.o en los horrores de lóbrega prision!
:riste del cautivo á quien al par oprime
la cadena el cuerpo, la pena el corazon!

\bril llena la tierra de flores y de aromas
ubre los naranjos con velos de azahar;
·antan ruiseñores y arrullan las palomas,
ie ván en los castillos sus nidos á buscar.

¡Hermosa es en Sevilla la fértil primavera,
Parece con sus galas el terrenal eden!
¡Ay, triste del que preso doliente considera
Que es el dolor tan largo como fugaz el bien!

¿Qué importarán las brisas, las aves ni las flores
Al que tan sólo espera del cielo la piedad?
¿No es el dolor acaso mayor de los dolores
Perder injustamente la dulce libertad?

Y en tanto que el sol vierte desde su azul palacio
De vida y de alegría purísimo raudal,
Del negro calabozo en el estrecho espacio
Sólo una antorcha esparce su brillo funeral.

Contraste doloroso ofrece el claro dia
Con esa noche eterna que el preso ha de sufrir,

Lo que es allí tinieblas afuera es alegría,
Cascadas brilladoras y cielos de zafir.

Clavada firmemente en el espeso muro
La antorcha sólo presta dudosa claridad,
Y apénas se percibe en el recinto oscuro
Del jóven prisionero la altiva majestad.

Desciende hasta sus hombros su rubia cabellera,
Fulgura en sus miradas eterna y viva luz,
Y es que la fé del alma su rostro reverbera,
Fé santa que le inspira el Mártir de la Cruz.

¡Ay, triste del cautivo que en ánimo guerrero
Buscando franca lucha de la ciudad salió,
Y por traicion horrible, cual triste prisionero,
Cargado de cadenas á su pesar volvió!

Soñar con la clemencia bien sabe que es delirio,
Y su esperanza dulce tan sólo en Dios está:
Él sabe que le aguarda la palma del martirio
Y sufre solamente por lo que tarda yá.

No teme los verdugos ni la afrentosa muerte,
Él sabe que la tierra es valle de dolor;
Mas ¡ah! que sufre mucho con la ignorada suerte
De la infeliz princesa y el hijo de su amor.

Paloma que persiguen hambrientos los milanos,
Ansiando en mil pedazos sus carnes desgarrar,
Expuesta por salvarse de sus sangrientas manos
Á los terribles riesgos del viento y de la mar.

Mas cuando en sus heridas el corazon recibe
El bálsamo divino de religiosa fé,
Los abismos de penas en que gimiendo vive
Con rayos celestiales iluminados vé.

Entónces las tinieblas se esmaltan de colores,
Se olvida lo terreno soñando lo ideal,
Y débiles parecen del cuerpo los dolores
Ante el dichoso premio del reino celestial.

Si á Ingunda recordando, con lágrimas ardientes
Publica Hermenegildo lo inmenso de su amor,
Mil dulces pensamientos, tranquilos é inocentes.
Disipan sus tristezas y calman su dolor.

Verdad es que su muerte dispone ódio inhumano,
¿Mas no es la muerte aurora de eterna libertad?
¿Adónde hallar verdugos que arranquen del cristiano
La paz con que confia de Dios en la piedad?

Miéntras que Hermenegildo piadoso y consolado
Espera cómo el cielo su suerte decidió,
Abrióse el calabozo, y triste y angustiado
El jóven Recaredo en la prision entró.

VII.

LOS DOS HERMANOS.

Blanco lirio, que al borde de una fuente
Lleno de galas y explendor crecía,
Y á quien el huracan robó inclemente
Su mágico verdor y lozanía;
Así el jóven infante,
Ántes de vida y esperanza lleno,
Pálido, sin aliento, vacilante
Por su dolor insano,

Y queriendo á la vez estar sereno,
Á los piés se arrojaba
De su infeliz hermano,
Y con ardiente llanto los regaba.

—¡Perdóname! decía,
Miéntras Hermenegildo conmovido
De dolor y alegría,
Se afanaba amoroso
En levantar al jóven y estrecharle
Contra su corazon noble y piadoso;
Perdóname, yo he sido
Por falaces promesas engañado,
Quien á tus enemigos te ha entregado.

Y lleno de ternura
Y de remordimiento juntamente,
Las cadenas besaba tristemente,
Miéntras que con dulzura
Su hermano le abrazaba, y con cariño
Así alentaba al afligido niño:

—Serena, sí, serena
Tu corazon, que la desgracia mía
Como su propia desventura toma,
Que yá de libertad para mí el día
Entre rayos de luz brillante asoma.
Devuélvele á tu alma
La venturosa calma,
Y piensa que el morir en siendo amado
Vida dichosa es, yo te lo fio;
Que sólo morir puede el que olvidado
Quédase en su sepulcro, hermano mio.

—¡Morir tú! ¡no lo quiera
La piedad de los cielos!
—¡Si supiera

Que mi adorada Ingunda libre estaba
En la africana tierra, te aseguro
Que como amiga antígua saludaba
La muerte que me espera.
—¡Y yo te juro
Hacer cuanto los hados me permitan
Por salvarte ó morir al par contigo.
Uniéndose conmigo
Tu perdon afanosos solicitan
De nuestro padre tus vasallos fieles.
Áun te quedan dichosas
Horas en que vivir y mil laureles
Que ceñir á tus sienes victoriosas.

—¡No permita jamás el Dios que adoro
Que sangre corra por ahorrar la mía!
Su voluntad divina es mi cadena,
Y enmedio del horror de la agonía,
Bendeciré con ánima serena
La mano del Señor que me la envía.
Tranquiliza, te ruego,
Al pueblo que me adora y quiere ciego,
Uniéndose conmigo,
Participar tambien de mi castigo.
—¡Mas si abjurar quisieras!...
—¡Basta, basta por Dios!
—¿Qué es lo que esperas?
—Sobre la tierra, nada.
Cansado peregrino
Voy cruzando los valles de la vida
Ansioso por llegar á mi destino:
Pero indigno del nombre de cristiano
Si abjurára mi fé siempre sería,
Y el pueblo sevillano
Mi nombre con horror maldeciría.
¿Qué vale, dí, qué vale
La pompa mundanal, fétido lodo

Formado con las lágrimas del hombre.
Para ser preferida,
Y allá en la eternidad perderlo todo?

Y lleno de su fé pura y ardiente.
Ante los tristes ojos
Del afligido hermano se elevaba
Á las regiones de la eterna vida.
Recaredo lloraba,
Y con alma doliente y abatida
En balde procuraba
Combatir con su amor y sus razones
Las que juzga fatales ilusiones.

VIII.

De pronto la puerta
Giró silenciosa,
Y en ella perdida
Se vió vaga sombra.
Era el carcelero,
Que en ánsia medrosa
Al jóven infante
Que áun trémulo llora,
Suplica que deje
La cárcel odiosa:
Tal vez del suplicio
Se acerca la hora....
¿Qué pincel dibuja,
Ni qué pluma copia,
Una despedida
Tan triste y tan corta?

¿Dos almas que juntas
Forman una sola,
Cómo se separan
Y no se destrozan?
—¡Hermano, el infante
Murmura, perdona,
La fuerza que sientes
Mi espíritu implora!
—De Dios es la fuerza,
Quien pide la logra,
Hermano, que el cielo
Propicio te oiga,
Y el nombre cristiano
Que tanto te asombra,
Con lazos eternos
Nos una en la gloria.

Sin poder el nudo
Que su voz ahoga
Romper el infante
Á la puerta torna.
De nuevo en sus goznes
Giró silenciosa,
Y el pobre afligido
Perdióse en las sombras.

IX.

LA HORA DEL TRIUNFO.

Nevados copos de ligera espuma
Del ancho Bétis á los juncos saltan,

Y fresca brisa con murmullo dulce
Mece las verdes cimbradoras cañas.
Del cielo azul en el espacio inmenso
Que las estrellas con su brillo esmaltan,
Algunas blancas trasparentes nubes
Semejan bosques de gigantes palmas.
En los cristales del sereno rio
La luna llena sus espejos halla,
Y en los naranjos de nevadas flores
Su lecho tienen las dormidas áuras.
¡Noche tranquila, misteriosa y pura,
Que en dulces goces enagena el alma!
¿Quién al mirar tu cándida belleza
Puede temer dolores ni desgracias?
Tranquila duerme la oriental Sevilla,
Que yá ni pide ni recela nada,
Y espera que su rey libre y dichoso
De su dura prision en breve salga.
Nadie recuerda yá que Leovigildo
Tiene en el corazon terrible saña,
Ni que el ódio temible de Gosvinda
Le incita sin cesar á la venganza.
De calmar á los ánimos inquietos
Cumplió bien Recaredo su palabra;
El inocente en su bondad creia,
Cegado siempre por promesas falsas,
Que una prision tan sólo era el peligro
Que al hermano querido amenazaba.
Era el hermoso y postrimero dia
De la Resurreccion alegre pascua,
En que celebra de Jesus el triunfo
Con nuevas flores la creacion galana.
Creyendo que del príncipe yá habia
La prision quebrantado la constancia,
Mandó el anciano padre que un obispo,
De la misma fatal secta arriana,
Al jóven y valiente prisionero

Oficios y consejos dedicára.
Mas arrojado con desden altivo
Se fué de Leovigildo ante las plantas
Fingiendo agravios y exponiendo quejas
Que más extragos y furor causáran.
Débil, soberbio y ofendido el padre,
Con ódio ciego y con amor batalla,
Y espíritu del mal, Gosvinda inclina
En favor del castigo la balanza.
Imaginarios riesgos acumula,
Artificiosas lágrimas derrama,
Y hace ver á su esposo que su trono
Los altivos cristianos amenazan.
«¿Si libre al fin Hermenegildo sale
Al miserable padre qué le aguarda?
Perder la libertad y hasta la vida
Mirando el triunfo de la fé cristiana.»
Así dice, mezclando con suspiros
La venenosa hiel de sus palabras,
Y sentencia crüel de pronta muerte
Del indeciso padre al fin arranca.

. . . . . .

En su triste prision tranquilo y solo
El desdichado príncipe velaba,
Pidiendo al cielo en su oracion constante
Por los caros objetos de su alma.
Á la jornada de la eterna vida
Con plegarias fervientes se prepara,
Y por el pueblo sevillano pide,
Que padre y defensor al par le llama.
Á través de las sombras y los muros
Vé de los justos la celeste pátria,
Y se dibuja en sus rosados lábios
La sonrisa feliz de la esperanza.
Una pequeña cruz contra su pecho
Ansioso estrecha, cariñoso abraza,
Y á su dulce contacto nuevas fuerzas

[illegible] alma.
[illegible] se abre
[illegible] armada
[illegible]
[illegible]
[illegible] antorchas
[illegible]
[illegible]
[illegible] amenazan.
[illegible]
[illegible] mala.
[illegible]
[illegible] mi padre.
[illegible] hagan.
[illegible] frentes
[illegible] manchar
[illegible] muera
[illegible] sana.
[illegible]
[illegible] lágrimas
[illegible] guardias.
[illegible]

Hendir los aires la terrible hacha,
Y herir la hermosa, varonil cabeza,
Cortando con la vida la palabra.
Como el árbol gigante cuya frente
Súbito el rayo con furor desgaja,
El príncipe cayó, sin que una queja
Sus entreabiertos lábios exhaláran,
Y ostentando la palma del martirio
Á la eterna region subió su alma.
En tanto el enviado de Gosvinda
Con ronca voz y con sonrisa exclama:
—¡La justicia del rey yá se ha cumplido,
Que todos los traidores cual él caigan!
Y orgulloso miró á sus compañeros
Que esquivan aterrados sus miradas,
Y salieron del triste calabozo
Donde el sangriento cuerpo abandonaban.
¡Noche tranquila, misteriosa y pura
Llena de dulce placentera calma!
¿Quién al mirar tu cándida belleza
Podrá soñar que encubra la desgracia?
¡Pueblo que duermes al arrullo dulce
Que dán del Bétis las corrientes claras,
Despierta del letargo, los traidores
Cumplieron en tu sueño su venganza!...

CONCLUSION.

¿Vísteis del abierto surco
Brotar la feraz semilla,
Y crecer luégo ondulantes
Mares de rubias espigas?
Tal del rey Hermenegildo

[illegible] noble sangre bendita.
[illegible] en el grato suelo
[illegible] amada Sevilla.
[illegible] años, pasan siglos.
[illegible] recuerdo de aquel dia.
[illegible] en el pueblo vive
[illegible] gloriosa inspira.
[illegible] los tesoros encierra
[illegible] de Andalucía.
[illegible] los mil la enaltecen.
[illegible] muerte sufrida
[illegible] su primer rey cristiano.
[illegible] láuros conquista.
[illegible] gloria más brillante
[illegible] las glorias de Sevilla.

ISABEL CHEIX Y MARTINEZ.

AVATAR

AXATAF.

«Fernando ofreció tambien al gobernador Abu el Hasan, que á la sazon mandaba en Sevilla, la eleccion del punto para su residencia si no queria permanecer en la ciudad, y costearle su subsistencia; pero nada aceptó el esforzado Hasan, y se embarcó para el Africa con sus almohades.»

I.

Cerca del Guadalquir
Platican en voz templada,
El rey moro de Granada
Y de Sevilla el emir.
Pero su tranquilidad,
Por el sitio y por la hora,
Es la calma precursora
De una horrible tempestad.
Porque Axataf su corcel
Refrena casi temblante,
Y Alahmar tiene el semblante
Blanco como su alquicel.
Y así como de soslayo
Miran sus gentes formadas,
Que se lanzan ojeadas
Mortíferas como el rayo.

. . . . . .

. . . . . .

[illegible] de persuasion
[illegible] el de Sevilla hablando,
[illegible] de Granada escuchando
[illegible] de confusion.

. . . . . .

. . . . . .

¿[illegible] aquel Alahmar,
[illegible] era harañoso
[illegible] orgulloso,
[illegible] en Pegalhajar?
¿[illegible] con fe perfeta,
[illegible] mismo
[illegible] del islamismo
[illegible] y del Profeta?
¿Cuya [illegible] y valor
[illegible] tanto tu grey,
Porque no sufrió la ley
De su natural señor?
¿Tu, viles parias rendir?
¿Tu, descendiente de aquellos,
Que por no doblar sus cuellos
Prefieren pobres vivir?
¿Tú con Fernando aliarte?
¿Contra tus propios hermanos
Marchar con los castellanos?
Eso, rey, es.... deshonrarte.
¡Ah! no lo puedo creer:
Tu vida entera me abona:
Ciñes espada y corona
Y no toca de mujer.
¿Qué dirá el mundo? ¿Qué España?
Que al vil oro te vendiste,
Ó que, cobarde, temiste
De los cristianos la saña.
Que por conservar ¡villano!
Tu sólio sin honra é inerte,
Has ayudado á la muerte

Del imperio mahometano.
¡Púrpura infame! ¡Oh baldon!
¡Cambiar á tan bajo precio,
Por la risa del desprecio
Los gritos de admiracion!
¿Y lo podrás soportar?
Lo que te digo discierne:
Mira que el buitre se cierne
Sobre su presa, Alahmar.
Oye mi voz angustiada:
Lanza de tí tal mancilla,
Que tras mi noble Sevilla
Caerá tu bella Granada.

. . . . . .

. . . . . .

Vence á Axataf la emocion,
Y escucha con faz ansiosa;
Mas.... ¿qué responderle osa
Á la lealtad la traicion?

. . . . . .

. . . . . .

—Basta yá de aconsejar,
Basta de rogar en vano,
Mi noble pecho africano
Ruje contra tí, Alahmar.
Porque el seguro me doma
Á mi indignacion resisto.
¡Perjuro, que dás á Cristo
El triunfo sobre Mahoma!
Vete yá con sus vasallos,
Porque si no mis ginetes,
Marcarán en tus zenetes
Los cascos de sus caballos.
Y eso no lo quiero ver,
Porque, en la pelea dura,
Pudiera la sangre pura
De mis valientes correr.

Y conducidle al tormento
Su vil traicion á purgar.

Y tú, bravo Abdelrahman,
De mi guardia capitan,
Conduce á ese embajador.
¡De furor mi pecho brama!
Pero Sevilla me aclama
Todavía su señor.

—Rey del pueblo sevillano,
Dios te guarde;—Á tí, cristiano,
Guárdete tambien Alá.
—Mejor que tu Dios, mi espada
Me guarda á mí.—Tu embajada
Dime, castellano, yá.

Y sé pronto, breve y llano,
Y no olvides, castellano,
Que tengo lanzas y adargas.
—Tu amenaza en mí no medra,
Que nada en el mundo arredra
Á Garcí Perez de Vargas.

—¡Vive Alá, que me provocas
Con tus arrogancias locas,
Y si el africano honor
Mi coraje no enfrenára,
Tanta audacia castigára!
Mas.... te escucho, embajador.

—¡Vive Dios, que si no fuera
Porque reprimo la fiera
Indignacion que arde en mí,
Probáras, loco pagano,
Lo que vale un castellano!
—Dí á que vienes, buen Garcí.

— [illegible] á intimarte la ley
[illegible] rey
[illegible] Fernando.
— ¡[illegible] á mí, nazareno!
¡[illegible] agareno
[illegible] bando!

¡Por Alá!—Ten tu coraje
Y [illegible] vasallaje
Que [illegible] mi señor:
O, por Cristo, á quien adoro,
Que [illegible] tu trono moro
A impulsos de su valor.

—¿A[illegible]?—Sí.—En buenhora.
M[illegible] ha ahora,
Y [illegible] á tu rey.
[illegible]
[illegible]
[illegible]

Y [illegible]
Pr[illegible]
Que vasallaje [illegible]
Nunca lo conseguirán.
Ántes bien me matarán,
Mas no me doblegaré.

Así díselo á tu rey,
Y que prefiero á su ley
Los suplicios más crueles;
Y tornada mi bendita
Y magnífica mezquita
En cuadra de sus corceles.

Y ver á mis sevillanas
Siervas de las castellanas,

Allá.... en su país natal:
Y á mis valientes soldados,
Como perros atraillados,
Seguir su carro triunfal.

Y que prefiero tambien
Abandonar este eden
Y asilo en Libia pedir;
Mas ¡leyes sufrir! ¡Oh, nó!
Porque libre nací yo
Y libre quiero morir.

—Por Cristo, bizarro moro,
Que tu ceguedad deploro,
Y si quieres mi amistad....
—La acepto, sí, y si Castilla
Mañana en la lid me humilla,
Que ella valga á mi ciudad.

III.

En los campos de Tablada
El sol explendente brilla,
Y las huestes de Castilla,
De Leon y de Granada,
Como si fueran á dar
Nuevo combate tremendo,
Formadas están, luciendo
Todo el arreo militar.
Allí están los capitanes
Más bravos en la pelea;
Vargas, Suarez, Correa,

[illegible] y los Guzmanes.
[illegible] aquel monton
[illegible] gios,
[illegible] gios,
[illegible]
[illegible] batalla
[illegible] mostrando,
[illegible] Fernando,
[illegible] lla.
[illegible] hermosa.
[illegible]
[illegible]
[illegible] hermosa.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] clamores
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] guerra
[illegible] la morisma levanta.
[illegible] altiva triste planta,
Que ennoblece su figura,
Ya sin cetro y sin corona
Axataf, el de Sevilla,
Viene á doblar la rodilla
Del rey ante la persona.
Y le dice, con segura
Voz que sale de su alma.
Y que si denota calma
Revela bien su amargura:
—Rey del pueblo castellano,
Brazo invencible en la guerra,
Pasmo de toda la tierra,
Pavor y orgullo del cristiano.

Á tí, rey, cuyo valor
Exaltan tantas victorias,
Vengo á rendirte las glorias
Que yo adquiriera, señor.
Señor, á tus piés las ves,
Y el verlas así deploro,
Pero mi pena aminoro
Cuando las miro á tus piés.
Que eres, Fernando, tal rey,
Que si yo quien soy no fuera,
Tu noble pendon siguiera
Reconociendo tu ley.
En larga lucha obstinada,
Mi poder todo has deshecho,
Y ahora desea tu pecho
Vencerme con otra espada.
La espada de tu piedad,
Que excelsa, más que merezco
Me ofrece: yo lo agradezco
Y admiro tanta bondad.
Pero prefiere mi honor,
Á con riquezas vivir,
Pobre en África morir
Sin reconocer señor.

. . . . . .

. . . . . .

Luégo con voz plañidera,
Quitando á un caudillo moro
Rica bandeja de oro,
Prosigue de esta manera:

. . . . . .

. . . . . .

—¡Oh, rey, cuya santidad
Reconocen los más graves!
Aquí te entrego las llaves
De mi rendida ciudad.
Perlas tienes en Castilla